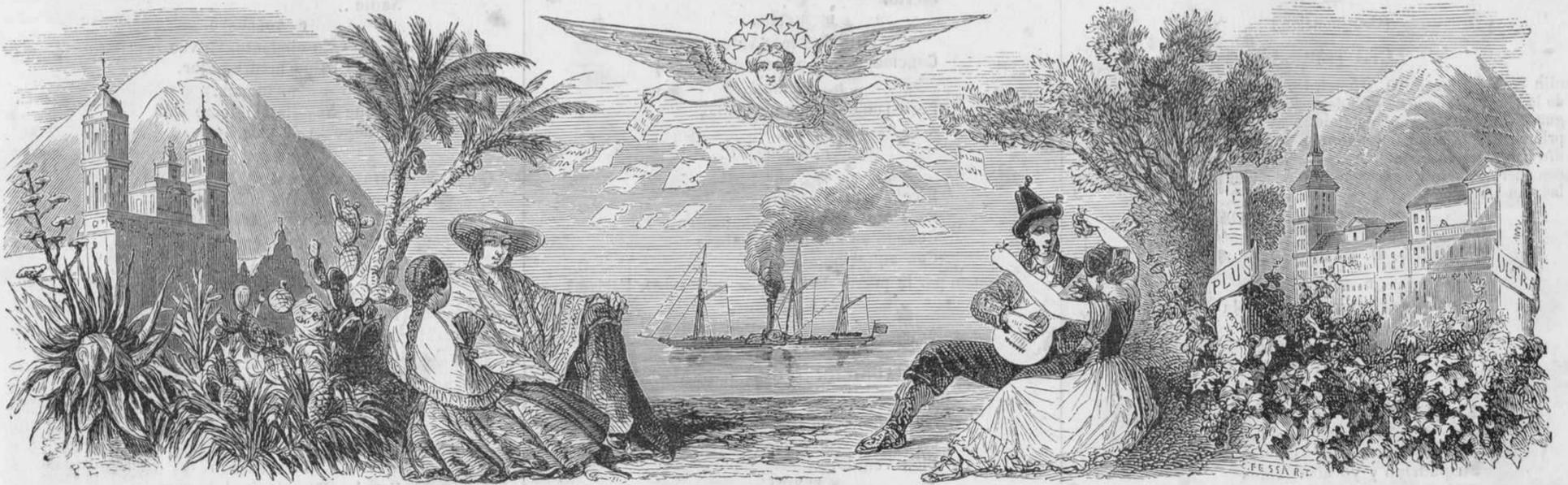


# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1856. — TOMO VIII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 15. — N° 196

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10 en Paris

## SUMARIO.

**Ferro-carril del Mediodía;** grabado. — **La hipocresía del vicio.**—**Regreso á Francia del ejército naval de Crimea;** grabados.—**Revista de Paris.**—**Celebridades contemporáneas.**—**Fiestas de la Alsacia;** grabados.—**Hombres ilustres de la América española.**—**Vistas tomadas en el istmo de Suez;** grabados.—**Venta de caballos inútiles en la Crimea;** grabado. — **Gerifalte.** — **Revista de la moda.**—**Antigüedades mejicanas;** grabado.

## Ferro-carril del Mediodía.

INAUGURACION DE LA LÍNEA DE AGEN Á TOULOUSE.

El 31 de agosto la Compañía del ferro-carril del Mediodía inauguró la seccion comprendida entre Villeneuve de Agen y Toulouse. Un convoy de honor que salió por la mañana del último punto llegó á Agen donde todos

los convidados fueron recibidos por el prefecto del departamento, M. Ducos. Despues volvió á Toulouse donde llegó á las tres. El embarcadero, que no está concluido aun, ofrecia el cuadro mas animado. Habíase improvisado un altar enfrente de la via. Los numerosos convidados entre los cuales se distinguian los habitantes de Toulouse, se hallaban por ambos lados y en unas gradas desde donde podian admirar un espectáculo allí nuevo. Sobre la via y enfrente del altar se distinguian cuatro locomotoras, poderosos instrumentos de civilizacion todavía desconocidos en Toulouse. Las máquinas estaban adornadas con las banderas nacionales y esperaban dóciles una señal del ingeniero para acercarse al señor arzobispo. En segundo término se distinguian en frente el puente provisional de la Escuela veterinaria; á la izquierda el edificio donde está colocada la escuela y á la derecha las primeras casas de la avenida Louis-Na-

poleon. En este segundo término llamaba sobre todo la atencion la compacta muchedumbre que habia acudido á presenciar la fiesta.

El señor arzobispo seguido de su clero subió al altar; al punto resonó un silbido y se adelantaron las cuatro enormes locomotoras. El discurso del prelado fué digno y elevado; despues se entonaron las oraciones de costumbre que concluyeron con el *Domine salvum fac Imperatorem* puesto en música para esa ceremonia. Por fin todas las frentes se inclinaron para recibir la bendicion. — El general conde Roguet, edecan del Emperador, estaba encargado de representar á S. M. en esa fiesta memorable. Su presencia, la de varios generales de los departamentos próximos, la de tres prefectos y un número considerable de funcionarios revestidos con su traje oficial daban á la ceremonia un aspecto solemne que aumentó hasta lo sumo su brillo.



Ferro-carril del Mediodía de Francia. Inauguracion de la seccion de Villeneuve de Agen á Toulouse.

CODÉFRAY DURAND

## LA HIPOCRESÍA DEL VICIO,

Comedia inédita en tres actos y en verso

DE

D. MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

(Continuación.)

## ACTO TERCERO.

Jardín en la quinta de D. Miguel. En el foro la fachada interior de la casa, con puerta grande, dejando ver una parte del zaguán, á cuya opuesta extremidad se supone estar la puerta principal de la misma posesión. Encima de la que mira al jardín habrá un cuadrante. A la derecha del autor un pabellón con puerta, que aparece cerrada. A la izquierda, árboles. A cada lado un banco de piedra.

## ESCENA I.

D. MIGUEL. D. MAURICIO. D. GINÉS.

D. MIGUEL.

¿Con que el duelo es á pistola  
Y á veinte pasos?

(Hace D. Mauricio una señal afirmativa.)  
Corriente.

D. MAURICIO.

Las armas están allí. —

(Indica el banco de la derecha.)

Mas tu enemigo no viene.

Su padrino y yo acordamos

Que os mataseis á las nueve.

Y ya el cuarto se aproxima,

Si aquella muestra no miente.

D. GINÉS.

Quizá se habrá arrepentido...

D. MAURICIO.

Por no quebrantar las leyes...

D. MIGUEL.

La del honor es primero.

D. GINÉS.

Pero ¡da un asco la muerte!...

D. MIGUEL.

Aun vendrá. Siempre hay qué hacer

En momentos tan solemnes.

La última disposición;

Cartas...

D. GINÉS.

Y tú ¿no prevenies...

D. MIGUEL.

¿Yo? Nada. O muero, ó le mato.

Si ha de ser feliz mi suerte,

Excuso perder el tiempo

Embadurnando papeles;

Si está escrito que una bala

Me ha de taladrar la frente,

¡Abur! tal día hizo un año:

Una vez solo se muere.

Quiero hasta el último instante

Vivir tranquilo y alegre,

Y no compungir el alma

Cuando el cuerpo no me duele.

D. MAURICIO. (A D. Ginés en voz baja.)

Su serenidad me pasma.

D. MIGUEL.

En este trance, creedme,

Solo una cosa me afflige.

D. GINÉS.

¿No tener aquí parientes

Que te lloren...

D. MIGUEL.

Nada de eso.

D. MAURICIO.

¿Que otro las gracias herede

De tu divina Adelaida?

D. MIGUEL.

Tampoco.

D. GINÉS.

Pues ¿qué te escuece?

D. MIGUEL.

El chasco á que os expones

Si mi adversario me vence.

¡No es nada! Estar convidados

A un opíparo banquete,

¡Y haberlo de conmutar

En una misa de *requiem*!

D. GINÉS.

¡Bravo!

D. MAURICIO.

¡Feliz ocurrencia!

(D. Miguel, tarareando una canción, abre la caja de las pistolas, y las reconoce con afectada indiferencia.)

D. GINÉS. (Aparte con D. Mauricio.)

¡Cáspita! Te digo que este

Recluta lleva camino

De ser pronto nuestro jefe.

D. MAURICIO. (A D. Miguel)

Celebro tu sangre fría,

Tu indiferencia...

D. GINÉS.

¡Alma fuerte!

D. MAURICIO.

Anoche al salir del baile

Ibas algo intercudente...

D. MIGUEL.

Cavilaciones..., flaquezas...,

Dejos del antiguo régimen...

Pero en la cena, ya visteis

Que me porté como un héroe.

D. GINÉS.

Cierto.

D. MIGUEL.

(O dame mas valor.

Conciencia, ó no me atormentes.)

D. MAURICIO.

Pero ¿cuándo nos presentas

A tu ex-colegiala?

D. MIGUEL.

En breve.

Hícela salir de casa

Para que aquí no te encuentre

Cuando en singular combate

Con aquel hombre ..

(Asoman por la puerta de la quinta Benito y D. Fabian.)

D. MAURICIO.

Ahí le tienes.

## ESCENA II.

D. MIGUEL. D. MAURICIO. D. GINÉS. BENITO. D. FABIAN.

BENITO.

Muy buenos días, señores.

D. MIGUEL.

Bien venido.

BENITO.

Usted dispense

La tardanza. Tengo un sueño

Muy pesado.

D. MAURICIO. (Aparte con D. Fabian.)

; Este hombre duerme

En visperas de balirse!

D. FABIAN.

Le digo á usted que es un nené...

; Ya, ya!

D. MAURICIO.

Bein. Me felicito

De que mi ahijado tropiece

Con un rival digno de él.

BENITO.

El señor don Fabian Perez,

Mi camarada y padrino,

Me ha puesto en antecedentes.

Cárguense pues las pistolas

Y al avío, que se pierde

El tiempo.

(D. Fabian y D. Mauricio se dirigen adonde están las pistolas, y las cargan.)

D. GINÉS.

Yo sobre aquí...

D. MIGUEL.

Tú, á distancia competente,

Observarás..

D. GINÉS.

Está bien.

(Se pasea por detrás de los otros interlocutores.)

BENITO. (Aparte con D. Miguel.)

Con que, al principio muy terne...

D. MIGUEL.

Sí.

BENITO.

Y en el momento crítico...

D. MIGUEL.

Pues.

BENITO.

Entono el miserere.

D. MAURICIO. (A Benito, presentando las pistolas.)

Ya están las armas cargadas.

Tome usted...

BENITO. (A D. Miguel.)

La que usted deje.

D. MIGUEL. (Tomando una con la cabeza vuelta á otro lado.)

Cualquiera.

BENITO. (Tomando la otra pistola.)

Esta yo. No quita

Lo cortés á lo valiente.

Y para probar á usted

Que el rencor no tiene albergue

En mi noble corazon,

Si de veras se arrepiente

Y canta una palinodia

Capaz de satisfacerme.

D. MIGUEL.

¿Palinodia? ¡Voto á bríos...

BENITO.

Bien, bien. Con que ¿erre que erre?

Muy buen provecho. — Le mato

Como cinco y dos son siete.

D. MIGUEL.

Eso ¿es caridad, ó miedo?

BENITO.

¿Miedo? ¡Hum! ¡Yo...

D. TORCUATO. (Apareciendo por la puerta del foro.)

Dios guarde á ustedes.

## ESCENA III.

D. MIGUEL. D. MAURICIO. D. GINÉS. BENITO.

D. FABIAN. D. TORCUATO.

D. MIGUEL.

¿Quién llega?... (¡Otra vez ese hombre!)

¡Aquí usted! Esta visita...

D. TORCUATO.

Me asombra el que usted se asombre.

¿Ha olvidado usted la cita...

D. MIGUEL.

Pero á tal hora no creo

Que, fuera del aguador,

Nadie...

D. TORCUATO.

No obstante, yo veo

Que es usted madrugador.

D. MIGUEL.

Es que hoy llamándome está

Un negocio de mas butto.

D. TORCUATO.

Para usted, así será;

Para mí, lo dificulto. —

¡Ah! Entiendo. ¿Estamos seguros?

D. MAURICIO.

Quieren ventilar á solas...

D. TORCUATO.

Ya, ya. Un jardín extramuros...

Padrinos..., sendas pistolas...

BENITO.

Mi noble competidor,

Franco, galante, espontáneo,

Me concedé el alto honor

De hacerle añicos el cráneo.

D. TORCUATO.

Usted... Ya caigo: el de ayer.

BENITO.

La vida tiene en un tris.

D. TORCUATO.

Mucho me alegró de ver

Al hombre del medio luis.

D. MIGUEL.

Ya ve usted que lo primero

Es despachar nuestro asunto,

Porque ningun caballero

Transige sobre este punto.

El honor nos compromete...

D. TORCUATO.

Tambien manda á un hijo de Eva

Que cumpla lo que promete

Y que pague lo que deba.

D. MIGUEL.

; Señor mio!...

D. TORCUATO.

Si le ofendo,

Perdone usted; mas su arraigo...

D. MIGUEL.

Yo nunca me desentiendo

De las deudas que contraigo.

D. TORCUATO.

; Bien! Sin embargo, de algunas

Que no llegan á mil reales

Prescinden por importunas

Los sugetos principales.

Si usted dijese: « Me enfada,

Siendo caudal tan exiguo,

Dar cada mes su soldada

A un criado fiel y antiguo,

Y el precio me pide en vano

De materiales y hechuras

Un laborioso artesano

Padre de seis criaturas; »

De tan desdenoso olvido

No me admiraría yo;

Que eso y mas es permitido

A los hombres *comm' il faut*.

D. MIGUEL.

; Usted me injuria!

D. TORCUATO.

No á fé;

En la práctica me fundo.

Aquí donde usted me ve,

Yo soy un hombre de mundo.

No soy tronera de ayer,

Y con los años que cuento

¿Podría yo no tener

En la uña el reglamento?

(A D. Mauricio.)

Usted, de cuya alma grande

No dudo...

D. MAURICIO.

¡Eh! yo...

D. TORCUATO.

Sin lisonja.

Dígame usted que no se ande

Con escrúpulos de monja.

D. MIGUEL.

Ser tramposo es vicio feo,

Y yo jamás...

D. TORCUATO. (A D. Mauricio.)

; Qué pacato!

; Lástima me da!

(A D. Miguel.)

Ya veo

Que aun es usted muy novato.

D. MIGUEL.

; Cómo...

D. TORCUATO.

Sea usted mi amigo,

Cesen nuestras disensiones,

Y desde ahora me obligo

A darle algunas lecciones,

D. MIGUEL.

Entienda usted, caballero,  
Que yo (de ira me ahogo)  
Ni para amigo le quiero  
Ni le sufro pedagogo.

D. TORCUATO.

Bien; por eso no me aflijo. —  
Mas mi crédito no es chanza.

D. MIGUEL.

¿Quién dice tal?

D. TORCUATO.

Y yo exijo  
Que hoy...

D. MIGUEL.

Esa desconfianza..

D. TORCUATO.

No va contra la opinion  
De usted.

D. GINÉS. (Aparte a D. Mauricio.)

¡Le frie!

D. MIGUEL.

(¡Yo sudo!)

D. TORCUATO.

Usted habrá hecho intencion  
De pagarme; no lo dudo;  
Pero pendiente le miro  
De un duelo, y ante un atleta  
Capaz de plantar un tiro  
En el último planeta.

BENITO.

Yo... (¡Qué cara de gendarme!)

D. TORCUATO.

Ahora bien, será un mal rato  
Para mí que, sin pagarme,  
Muera usted abintestado.  
¡Virgen Santa, interceded  
Por su vida hasta que pueda...

D. MIGUEL.

Gracias. No le pago á usted...

D. TORCUATO.

¡Cómo!...

D. MIGUEL.

En la misma moneda.

D. TORCUATO.

Negar deuda tan sagrada...

D. MIGUEL.

No queria decir eso,  
Sino que usted se persuada  
Del odio que le profeso.

D. TORCUATO.

¿De veras? ¡Vaya por Dios!  
Yo celebro la franqueza...

D. MIGUEL.

Y es preciso que los dos  
Nos rompamos la cabeza.

D. TORCUATO.

Yo no alcanzo...

D. MIGUEL.

Usted me amarga

La vida...

D. TORCUATO.

¡Yo!

D. MIGUEL.

¡Sí, señor!

Y me fastidia, y me carga.

D. TORCUATO. (A los circunstantes.)

Es claro; ¡soy su acreedor!

D. MIGUEL.

No es eso lo que me abrasa,  
Sino... (¡El retrato!... ¡Oh tormento!)  
A tener fondos en casa,  
Yo pagaría al momento.

D. TORCUATO.

Pues bien, harémos un pacto...

Soy yo algún israelita?

Si usted no puede en el acto

Solventar mi cuentecita,

Firma usted un pagaré...

D. MAURICIO. (Aparte a D. Miguel.)

Pues té habla con buenos modos,  
Cede...

D. TORCUATO.

A treinta dias: ¿eh?

O á ciento, y Cristo con todos.

D. MIGUEL.

Con tres tengo suficiente.

D. TORCUATO.

Bien. Yo soy de buena pasta.

D. MIGUEL.

(Tiene este hombre un ascendiente  
Que me exaspera y me aplasta.)

(Dejando la pistola sobre el banco.)

Para que no haya disputa,  
Diga usted la suma. Son...

D. TORCUATO. (Sacando la cartera y arrancando una hoja.)

Aquí tengo la minuta.

D. MIGUEL. (Arrebatándosela.)

Venga.

D. TORCUATO.

Reales de vellon...

D. MIGUEL.

Bien; basta. Y ¿qué nombre escribo?

D. TORCUATO.

No hace al caso...

D. MIGUEL.

¿Eh?

D. TORCUATO.

No, señor.

Extienda usted un recibo  
Anónimo...; al portador:

D. FABIAN. (Aparte con Benito.)

¡Calla su nombre!

BENITO.

¡Es mal bicho!

D. MIGUEL.

Voy al punto...

D. TORCUATO.

(¡Mentecato!)

D. MIGUEL.

Y enseguida...

D. TORCUATO.

¿Qué?

D. MIGUEL.

Lo dicho:

Me mata usted, ó le mato.

(Entra en la quinta.)

ESCENA IV.

D. TORCUATO. BENITO. D. MAURICIO. D. GINÉS.

D. FABIAN.

D. TORCUATO.

Siento haber interrumpido  
La inocente diversion  
Que ustedes se proponian;  
Mas bien puedo suplir yo  
La ausencia de don Miguel.

BENITO.

¡Qué oigo!

D. MAURICIO.

¡Cómo...

D. TORCUATO.

Tambien soy

Acreedor de ese individuo.

BENITO.

¡Mio! ¿Por qué?

D. TORCUATO.

¡Sí, señor.

BENITO.

Yo no le debo á usted nada,  
Ni hay ninguna conexion  
Entre nosotros.

D. TORCUATO.

¡Sí tal.

BENITO.

¿Cuándo...

D. TORCUATO.

Desde anoche á hoy.

BENITO.

No comprendo...

D. TORCUATO.

Usted me ha herido...

BENITO.

¡Yo á usted! ¿Dónde...

D. TORCUATO.

En el honor.

Anoche nos dijo usted  
Con tono de hombre de pro  
Que se llamaba...

BENITO.

(¡Ay! Yo tiemblo.)

D. TORCUATO.

Torcuato Ruiz.

BENITO.

(¡Santo Dios!)

¡Sí... yo dije...

D. TORCUATO.

Y miente usted.

BENITO.

¿Cómo...

D. GINÉS.

¿Eh?

D. MAURICIO.

¡Hola!

D. GINÉS.

(¡San Eloy!)

D. TORCUATO.

Ese nombre no es el suyo.

BENITO.

Perdone usted... Mi padron...

Mi... Pues; mi fé de bautismo...

D. MAURICIO. (A D. Fabian.)

O ese hombre es un impostor,

O no debe tolerar

Un insulto tan atroz.

D. FABIAN.

¡Sí; mi ahijado...

D. MAURICIO.

Y ya es forzoso

Que en esta nueva cuestion

Intervengamos.

D. FABIAN.

Es cierto.

BENITO.

Usted está en un error,

Caballero. ¿En qué se funda

Usted para...

D. TORCUATO.

¡Voto á brías...

En que ese nombre es el mio,

BENITO.

(¡El indiano! ¡Muerto soy!)

D. MAURICIO. (Aparte con D. Ginés.)

Aquí hay maraña.

D. GINÉS.

¡Sí.

BENITO.

(Hagamos

De las tripas corazon.)

Quiere decir que serémos

Tocayos...

D. TORCUATO.

No.

BENITO.

Pero...

D. TORCUATO.

¡No!

Yo no puedo ser tocayo,

Ni aun prójimo, de un bribon.

BENITO.

¡Bribon!... ¡Usted... exagera.

D. TORCUATO.

Esta pistola...

(Toma la que dejó D. Miguel.)

BENITO.

(¡Es feroz!)

Valga la verdad, señores.

Por razones que no son

De este lugar, habrá un año

Me refugié en Perigord.

(Yo no sé lo que me digo.)

De allí pasé á Dusseldorf...

D. TORCUATO.

Al grano.

BENITO.

Ayer regresé

De las márgenes del Po...

D. TORCUATO.

Adelante.

BENITO.

Y conviniéndome

Hasta mejor ocasion

Ocultar mi propio nombre.

Tomé... el que ántes me ocurrió.

D. TORCUATO.

Bien está. Tras del bautismo

Viene la confirmacion,

Y esta pistola será...

BENITO.

(¡Virgen Santa de la O!)

D. TORCUATO. (A los circunstantes.)

Me parece que hay motivo...

D. MAURICIO.

Está muy puesto en razon.

BENITO.

(¡Y no viene don Miguel!)

D. TORCUATO.

A diez pasos: ¿eh?

BENITO.

(¡Qué horror!)

D. MAURICIO.

Contemos...

(Empieza á medir pasos de derecha á izquierda.)

BENITO.

Es excusado.

Yo no me bato. No estoy

Tan desesperado.

D. TORCUATO.

¡Infame!...

(¡Pobre mozo!)

BENITO.

Harto veloz

Es la muerte sin llamarla

Fuera de tiempo y sazón.

D. GINÉS.

¿Cómo! ¿Eso hace un caballero?

BENITO.

¿Sabe usted si yo lo soy?

D. MAURICIO. (Riéndose.)

Es graciosa la aventura.

BENITO. (Dejando la pistola sobre el banco.)

Y en fin, por un *quid pro quo*

No me mato... aunque me maten.

D. TORCUATO.

¿Y no habrá satisfaccion

Á mi injuria?... Por lo ménos

Una oreja de las dos...

BENITO. (Corriendo.)

¡Huyamos...

D. TORCUATO.

¡Quieto, ó disparo!

BENITO. (Cayendo de rodillas.)

¡Misericordia! ¡Perdon!

D. FABIAN.

¡Que esto haga un ahijado mio!

Me voy, señores, me voy...

(Y me ahorraré una paliza)

¡Qué vergüenza! ¡Qué rubor!

(Vase por la puerta de la quinta.)

(Se continuará.)

## Regreso á Francia del ejército naval de Crimea.

Hace seis meses, dice el *Moniteur de la Flotte*, acababan de firmarse los preliminares de la paz y teníamos que trasladar á Francia y á la Argelia un ejército de 100,000 hombres con unos 2,000 caballos y mas de 20,000 toneladas de material. Esta tarea, bien dura para nuestros buques que habian tomado una parte tan importante y tan activa en los nobles trabajos de la guerra, se complicaba por las circunstancias epidémicas en que se encontraban muchas de nuestras tropas.

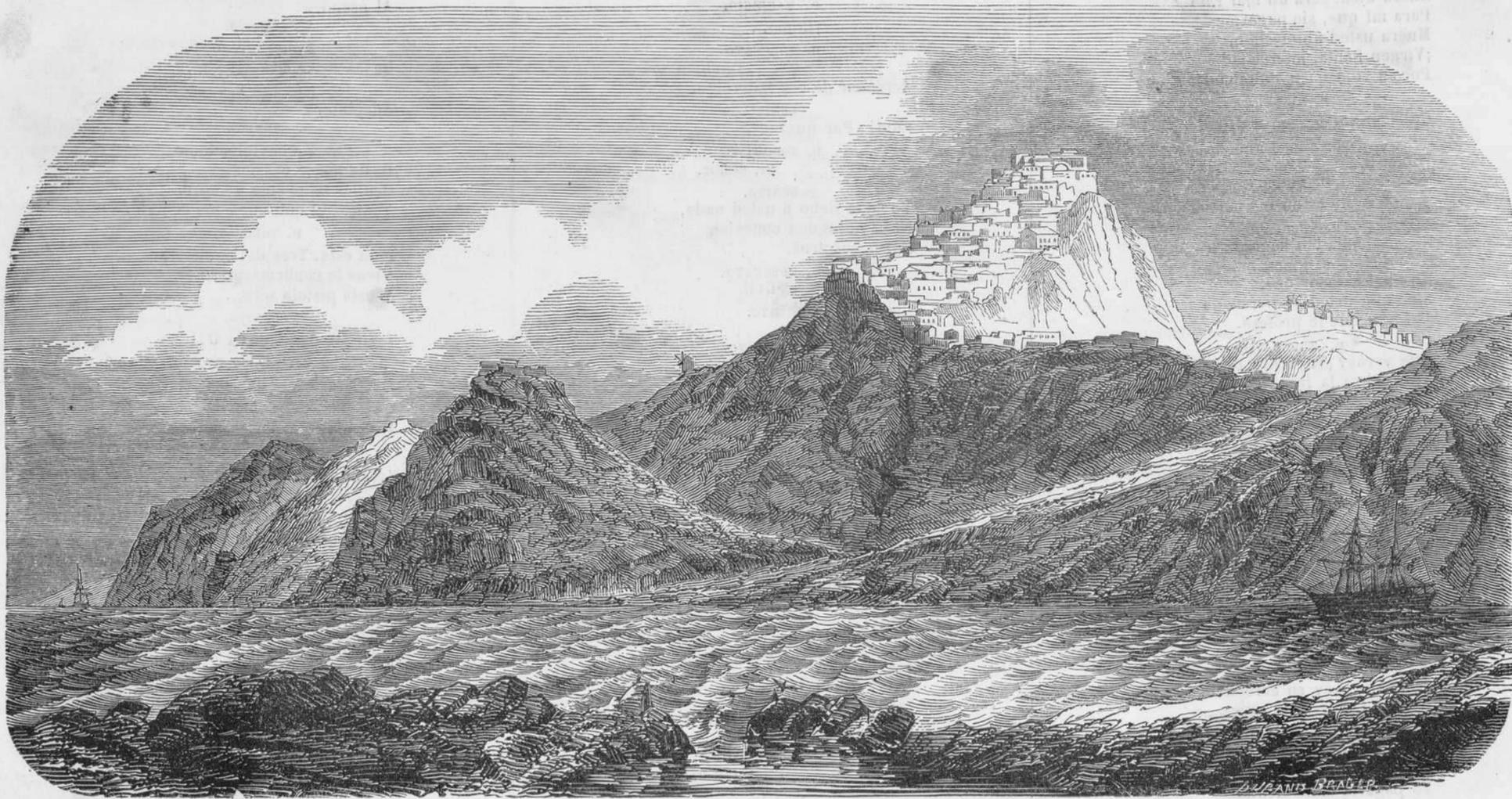
Lo primero era el transporte de los heridos y de los enfermos. Nuestros valientes oficiales, nuestros intrépidos marinos habian probado ya su fuerza de voluntad en tales ocasiones, y sus her-

manos del ejército no olvidarán nunca los cuidados y consideraciones que hallaron á bordo de los buques en medio de las pruebas que el cólera y el tífus hicieron sufrir á nuestros soldados á su entrada en el mar Negro.

Pero al menos entonces la lucha estaba en lo mas fuerte, y la excitacion que semejante situacion arrastra consigo naturalmente debia desaparecer con la firma de la paz. Luego la marina imperial habia hecho esfuerzos en los últimos dos años para hacer frente á todas las exigencias; ¿su personal y su material se hallaban todavia en estado de emprender la tarea? La marina respondió á esta pregunta poniendo en línea á la primera orden del Emperador 81



Puerto de la isla de Milo.



Castro en la isla de Milo.

buques á saber:

11 navíos de vapor ó mixtos.

9 id. de vela.

17 fragatas de vapor.

11 id. de vela.

19 corbetas y avisos de vapor.

14 transportes de vapor ó de vela.

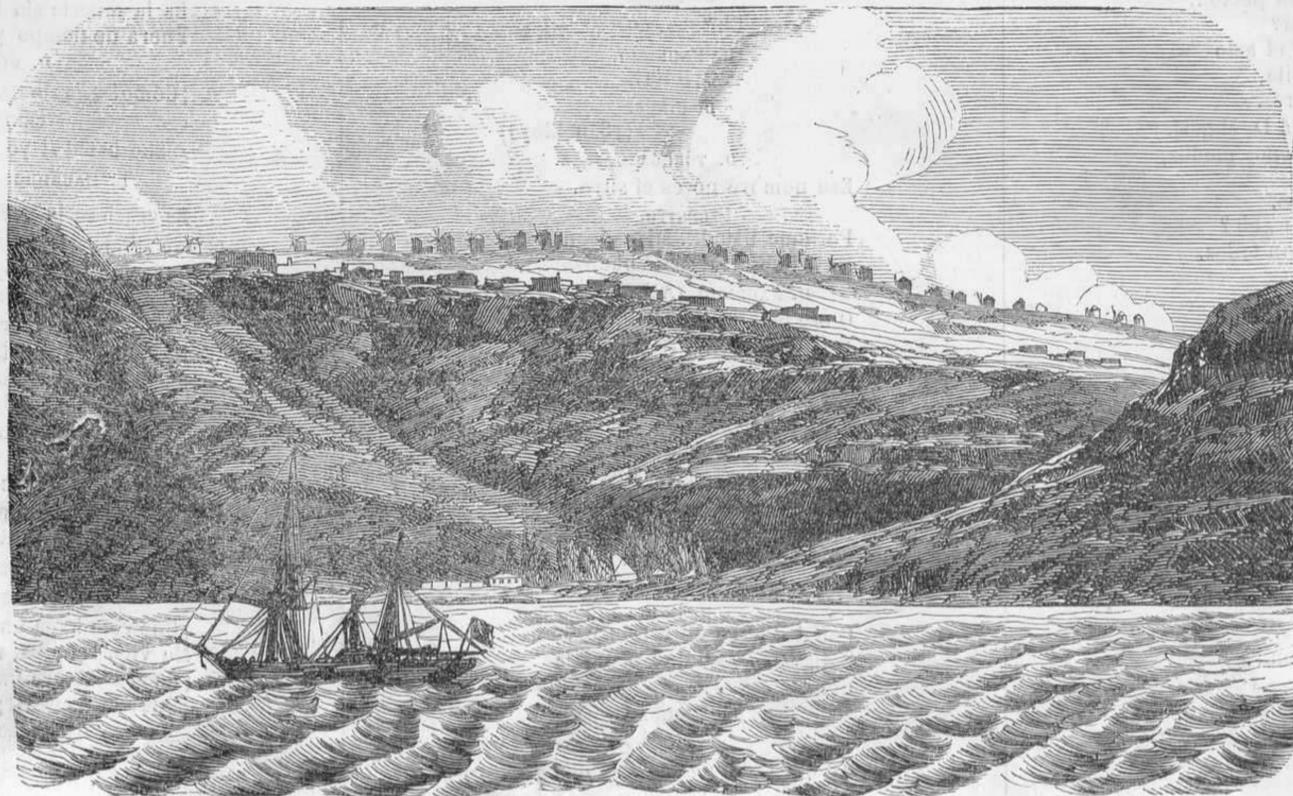
Con estos 81 buques en 4 meses (del 11 de abril al 12 de agosto), se emprendió y llevó á buen fin la evacuacion del ejército de Oriente.

No hay que lamentar ninguna desgracia, ni aun el menor error en esa grande operacion, en la cual no se emplearon (como hacen los ingleses con sus transportes de servicio) buques especiales, sino buques de guerra. Este es un verdadero acontecimiento marítimo que figurará con eterna honra en nuestros anales. Pero es de advertir

tambien que se tomaron todas las medidas conducentes para asegurar la pronta ejecucion de las voluntades del Emperador.

Todos los que se ocupan de marina conocen la admirable organizacion de nuestros arsenales militares. No habia pues, nada particular que disponer para la salida de Francia y la llegada á nuestros puertos de los buques que debian traer las tropas; nada sino las medidas sanitarias que debian apartar de los centros de poblacion las menores probabilidades de contagio. Bajo este concepto se establecieron campos de depósito en Cavallaire y Porquerolles, y enseguida la marina principió su movimiento.

Una de las primeras condiciones de buen



Hondonada en que se halló la estatua de la Vénus de Milo que figura en el Museo del Louvre.



El puerto de Malta.

éxito, era que nuestros buques encontrasen en diferentes puntos del camino que debían recorrer carbon, agua y víveres frescos preparados de antemano; entonces el buque no tenía más que detenerse un momento y seguir su camino inmediatamente.

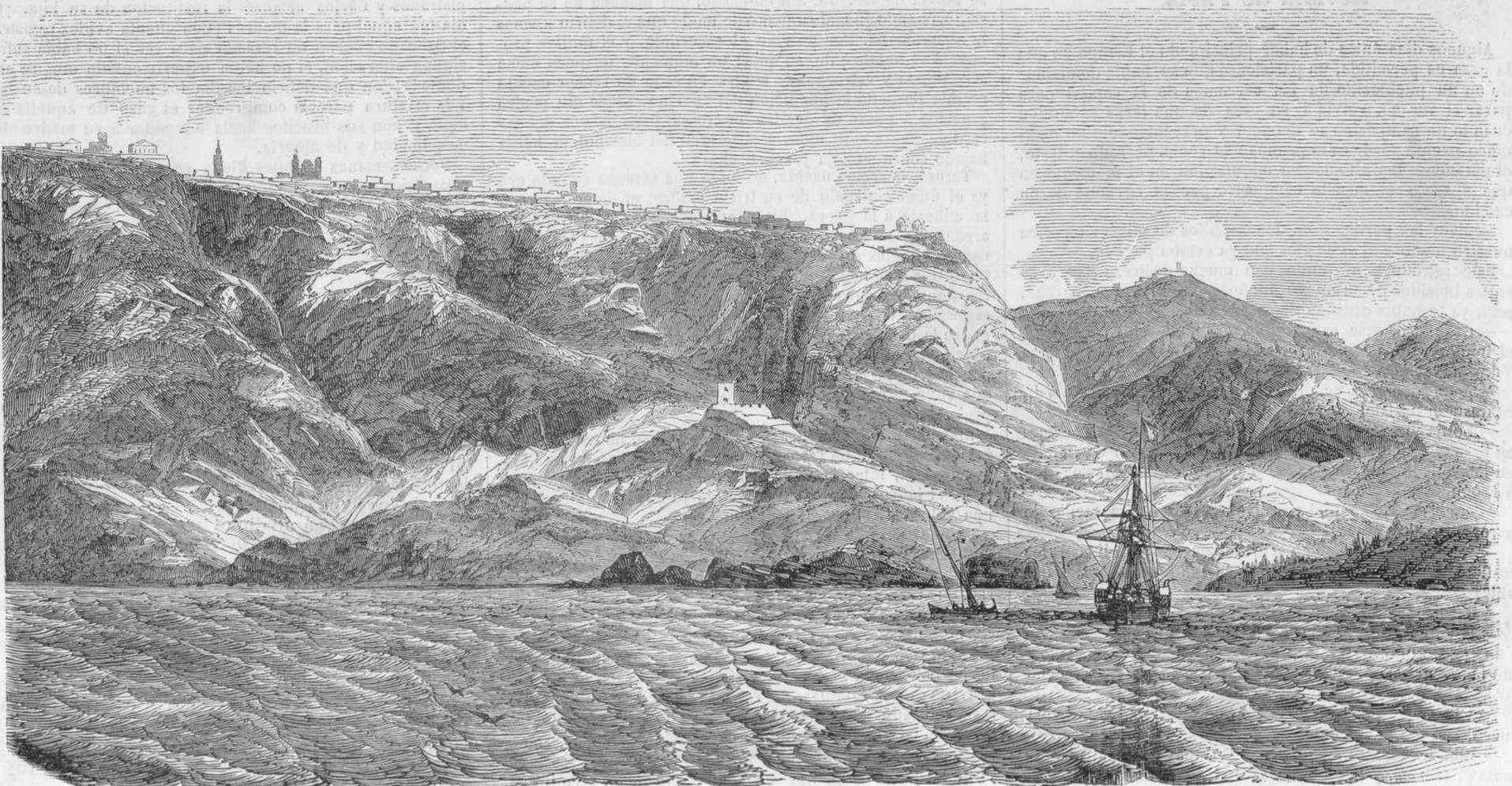
La primera parada designada á la salida de Francia fué Milo. Allí nuestros buques hallaban un estacionario, el bergantín *Olivier*, capitán Delamotte de Broons de Vauvert que les tenía preparado cuanto necesitaban. De Milo nuestros buques llegaban rápidamente á



El Fuerte Lavalette, en Malta.

Constantinopla donde el contra-almirante Pelion dirigía los movimientos marítimos. De allí iban á cargar tropas y material ya á diferentes puntos del Bósforo, ya al mar Negro donde se hallaba el cuartel general del comandante en jefe el vice-almirante Tréhouart.

En el mar Negro las fuerzas se hallaban distribuidas en justa proporción y sobre todo en Kamiesh se habían dispuesto cuidadosamente los medios necesarios para operar con prontitud los embarques, gracias al celo del capitán de marina de Candé,



Cita-Vieja, en Malta.

A su regreso, otras medidas estaban concertadas para facilitar la marcha de los buques. A la entrada de los Dardanelos dos corbetas de vapor la *Eumenide*, capitán Pelletreau, y el *Coligny*, capitán Robin, cruzaban sin cesar para remolcar al buque que llegaba y hacerle entrar rápidamente en el mar de Marmara en el Archipiélago.

Luego en los cabos Doró y Matapan, tres buques destinados de la estación del Levante que manda el almirante Bouet-Villaumez, el *Solon*, capitán Bastard, el *Narval*, capitán Doré, y la *Salamandre*, capitán H. de Villeneuve, remolcaban alternativamente los buques de vela cargados de tropa ó de material, por todos los pasos difíciles.

Así llegaban prontamente á Malta.

En Malta el contra-almirante Penaud, cuyo pabellón flotaba á bordo del *Brandon*, capitán Grivel, dirigía los movimientos del regreso. Los víveres, el carbon, el agua estaban tan bien preparados en ese punto que un buque que llegaba al fondeadero encontraba al instante todo lo necesario para que pudiera marchar casi inmediatamente. Un navío de hélice como el *Jean-Bart*, que necesita 500 toneladas de carbon, agua y víveres para 2,000 hombres, etc., había terminado en seis á siete horas su entero abastecimiento.

De Malta para llegar á Tolon no había mas que atravesar el estrecho de Mesina, donde se encontraba el capitán de marina Darricau cuya bandera estaba á bordo del *Cassini*, capitán Bachm. En ese punto estaban tomadas todas las medidas para remolcar á todo buque de vela y sacarle á buen camino en dirección á Porquerolles, donde estacionaba con rápidos medios de desembarco la fragata la *Andromaque*, capitán Aiguier. Desde este último punto los buques venían á nuestros diferentes puertos militares.

Estas combinaciones á la vez tan sencillas y eficaces dieron el fruto apetecido. El resultado conocido es ya, y la gratitud pública sabrá recompensar á todos los que á él contribuyeron. Desde el almirante hasta el simple marinero, todos tienen su parte de honor en esa pequeña campaña; pero si nos fuera permitido sin embargo, pedir una parte especial de la gratitud del país hacia nuestra marina, la solicitaríamos para esos incansables capitanes que colocados á la cabeza de cada buque y una vez en camino aceptaron la responsabilidad de una tarea semejante.

Seguramente pocos de ellos abandonaron la cubierta durante las noches sombrías en que acompañados de unos cien buques, atravesaban los pasos difíciles del Mediterráneo, del Archipiélago y del Bósforo; su ojo vigilante interrogaba sin cesar al horizonte, sin confiar á nadie, ni siquiera al mejor de sus oficiales, el cuidado supremo de la conservación del buque, el de evitar los encuentros y los choques con tal cargamento humano donde había un crecido número de enfermos y heridos. Ellos debían vigilar también sobre la salud de esos 1,000 á 1,200 hombres extraños á la vida marítima, y entre los cuales la imprudencia de uno solo podía comprometer la salud de todos.

Reciban aquí un testimonio particular, pues todos particularmente merecen bien de la patria. Reservarles este testimonio merecido es además hacer justicia al cuerpo entero que desde el principio de la guerra ha visto sucumbir 3,416 oficiales ó marinos en los campos de batalla de tierra y de mar, desde que se rompieron las hostilidades.

### Revista de Paris.

Algunos días ántes de haber principiado el tiempo en que la caza es permitida, un parisiense que se había domiciliado en un pueblecillo de las cercanías de la capital para pasar el verano, volvía á su casa de una larga excursión cuando un campesino le detiene, y presentándole un magnífico par de perdices le propone su venta. Cerrado el trato, el parisiense iba á tomar su adquisición en el momento en que aparece el guarda campestre por la revuelta de un camino.

— Mete las perdices en los bolsillos de mi levita, dice nuestro hombre al vendedor que ya estaba pagado.

Este introduce al punto con mucha destreza las aves en los bolsillos de su nuevo dueño, y enseguida se marcha, pero ya le había distinguido el guarda campestre.

— Caballero, dice este último dirigiéndose al parisiense, el hombre que estaba con Vd. es un ladrón de caza; haga Vd. el favor de entregarme lo que le ha vendido.

— A mí no me ha vendido ninguna cosa, se engaña Vd., contesta el parisiense.

— Le he visto, repone el guarda, con un par de perdices en la mano, que, despues de tomar su dinero de Vd., metió en los bolsillos de su levita. Pero es inútil negarlo; está Vd. cubierto de plumas.

— Vamos, exclamó el parisiense, ¿no habrá medio de arreglar este asunto?

— No le hay, voy á dar parte; felizmente aqui llegan dos testigos, añadió el guarda distinguiendo que venían dos aldeanos.

— Pero señor...

— Por última vez, ¿quiere Vd. darme las perdices?

— No, no quiero, contestó el parisiense, las he pagado y me las comeré, pagaré una multa, no me importa, pero no se llevará Vd. mis perdices.

Y al llegar á su casa cuenta á su mujer lo que le había sucedido.

— Bien hiciste, contestó la esposa, mas veamos esas famosas perdices, y fué á sacarlas de los bolsillos de su ma-

rido; pero ¡cuál no sería el asombro del matrimonio cuando puso sobre la mesa en vez de perdices, dos grajos!

— Corre pronto á ver al guarda, le dijo su mujer, al menos evitarás la multa.

Y así lo hizo.

El guarda le escuchó friamente y cuando hubo concluido la relación le contestó en estos términos:

— Su conducta de Vd. es indigna, quiere Vd. engañar á la justicia, pero daré parte de esta circunstancia para que sea Vd. castigado como merece.

Efectivamente el parisiense fué condenado á dos días de cárcel y al máximo de la multa.

Despues de esta historia verídica que ha divertido bastante esta semana á los amigos y conocidos del parisiense chasqueado, cuyo nombre y apellido podríamos citar aquí con todas sus letras, vamos á trazar á continuación los sencillos pormenores de un pequeño drama, que quizá no habría desdeñado Balzac en sus escenas de la vida íntima.

El capitán H... era un hombre intratable en materias de honra; viudo hacia muchos años, no tenía mas que una hija que participaba de su vida modesta despues de haber concluido su educación en el colegio de las niñas de los militares. Elena (así se llamaba), hermosa y seductora en todo cual ninguna, era el tesoro del viejo capitán que pedía al cielo por única gracia el poderla casar ántes de morir. Como el buen padre no poseía en el mundo mas que su retiro, se había impuesto las mas severas privaciones á fin de reunir algunos miles de francos para Elena y confiaba hallar algún jóven de su gusto que pudiese labrar la felicidad de su adorada hija.

Entretanto frecuentaba con ella algunas de las primeras casas de Paris donde era bien recibido, pues todos los que conocían las buenas prendas del soldado y las virtudes de la jóven tenían su trato á mucha honra.

¿Cómo fué que Elena se dejó arrastrar por el extravío de una pasión irresistible hacia el jóven Carlos de X..., teniente de marina? Inútil sería detenernos en narrarlo; lo cierto es que la jóven cedió á la embriaguez de un amor imperioso, y pocos días despues de su falta Carlos tuvo que marchar á bordo de su buque que salía para un puerto de América.

Pronto Elena llegó á conocer toda la extensión de su falta, pero confiando en la sinceridad de los juramentos de su amigo, casi se había dado el parabien de su flaqueza sin el justo temor que le inspiraban los severos principios de su padre. Un día que contaba delante del capitán un caso como el suyo, el viejo observó friamente que si tal desgracia venía á empañar el lustre de su nombre, de sus propias manos había de morir el autor de la injuria.

Cuando Elena tuvo, pues, que confesar su falta, á pesar de los ruegos, las lágrimas y las amenazas de su padre no quiso nombrar al hombre que amaba. Sin duda alguna la distancia le protegía por mucho tiempo contra el resentimiento del capitán, pero Carlos volvería, y como estaba muy segura de su amor y de su lealtad no quería exponerle al peligro con una confesion imprudente.

El viejo viendo á su hija determinada á guardar el silencio, cesó de interrogarla; la ternura paterna se hizo superior al deseo de venganza, y se resignó á aceptar la desgracia que le enviaba el Omnipotente. Desde entonces su vida cambió, ya no salía de su casa, y nadie veía á la jóven ni en la iglesia ni en el paseo. La pobre Elena pasaba todos los días en su cuarto preparando con una dolorosa embriaguez los objetos que necesitaba la criatura que estaba para venir al mundo.

Cuanto mas se acercaba ese instante mas crecía la negra desesperación del anciano. Quince días ántes cayó en cama con una fiebre ardiente acompañada de delirio, y Elena no se movía de su lado. Sin embargo, una mañana no se presentó, cuando su mal aumentó de modo que el delirio apenas le abandonaba. Por fin vino el sacerdote, y el militar pronunció el nombre de su hija; un momento despues Elena arrodillada y estrechando contra su seno un recién nacido recibía llorando la bendición del anciano. Elena era madre y estaba á punto de quedar huérfana, pero la voz del sacerdote había sido oída, y el perdón del moribundo había bajado sobre su hija y sobre ella.

Teresa, la recién nacida, no tenía una semana cuando era ya el único consuelo de su triste madre, el único lazo que la adhería á la tierra. Ella únicamente tenía el poder de arrancarla una sonrisa y de distraerla un poco de los penosos cuidados exigidos por la muerte del capitán. Elena tomó una habitación pobre en un barrio extraviado de Paris, donde pensaba que podría vivir libremente en el retiro esperando el regreso de Carlos con los mil pesos que su padre la destinaba para dote, y que formaban toda la herencia que había recogido. Ocho meses habían transcurrido despues de la marcha de Carlos, y esa cantidad era mas que suficiente para vivir en la abundancia hasta la época probable de su llegada.

Elena con nadie se trataba; pero ¿cómo necesitaba otra compañía que la de Teresa? ¡Cuántos ratos pasaba hablando con ella, interpretando el menor de sus movimientos, como si la criatura hubiese podido ya expresar una idea, una voluntad, un sentimiento!

— Duerme, hija mía, la decía; tu padre ignora que existes, hasta ignoraba que debieses nacer un día cuando se marchó, pero á su vuelta hallará ya en tus labios una sonrisa que responda á su primer beso.

Esta delirante embriaguez de madre duró muchos meses sin ningún contratiempo; ya entonces Teresa parecía sensible á la dicha de existir, conocía y amaba por instinto á la tierna madre que la idolatraba, cuando una desgracia imprevista vino á cambiar de repente tan feliz destino. Elena tenía colocados sus fondos en casa de un banquero que hizo quiebra, y la inquietud, el tormento y el dolor sucedieron á la seguridad y á la abundancia.

Desde luego hubo que despedir á la criada, y en breve

la miseria sucedió á la pobreza. Elena tuvo que trabajar para vivir, y el cansancio de una tarea constante vino á secar su seno. Un día Teresa principió á enfermar; su madre no había comido hacia veinticuatro horas. Se habían agotado los últimos recursos; era preciso mendigar ó morir... ¡Morir ántes que volviera Carlos!... ¡Oh! no, Elena tendió la mano... pero la limosna es caprichosa, á veces no llega y Teresa empeoraba; sus miembros consumidos perdían su fuerza, sus ojos ya no tenían brillo, Elena estaba loca de dolor.

Una mañana un sacristán de una iglesia de Paris halló en las gradas de un templo una criatura que llevó al comisario de policía. Una mujer le seguía á lo lejos con precaución dispuesta á mostrarse al menor peligro que hubiese amenazado á la inocente niña, y solo se retiró cuando pudo cerciorarse de que la protección legal amparaba ya al sér querido que una miseria implacable la había obligado á abandonar de aquella manera. La niña llevaba al cuello una medallita de cobre envuelta en un billete que contenía estas palabras: «Hija querida, Dios te guarde.» La autoridad buscó inútilmente al autor de este abandono para aplicarle el castigo que manda la ley y Teresa fué mandada á los Expósitos.

Carlos había escrito cuando se embarcó y cuando llegó á América; despues Elena no recibió noticias suyas, de modo que al dolor de tener que separarse de su hija se reunía el temor de no ver mas á Carlos. Sin embargo, la jóven trabajaba con un encarnizamiento febril para poder reclamar su Teresa en cuanto pudiese contar con algo de seguro; pero tantos desvelos eran superiores á la fuerza de su organización; cayó enferma, entró en el hospital, y en ese triste asilo elevó sus oraciones al Señor el día del aniversario del nacimiento de Teresa.

No obstante, Carlos llegó á Paris y supo lo que había pasado en su ausencia, pero nadie había pensado en la huérfana desde la muerte de su padre, y no pudo descubrir el lugar de su retiro. Por último, á fuerza de investigaciones de toda clase, á fuerza de emplear todos los medios, hubo de llegar á su noticia que una mujer llamada Elena H... se moría de desesperación en un miserable lecho del hospital.

Encontrarla, instalarla en un cuarto elegante y cómodo fué para Carlos asunto de un día. Solo entonces oyó la relación completa de los crueles infortunios que habían atormentado á su amiga durante su viaje, de las intolerables miserias que le habían impuesto el mas desgarrador de todos los sacrificios.

— Pero luego ¿qué ha sido de nuestra hija? preguntó Carlos.

— Lo ignoro; por decir á una madre si su hijo está muerto ó vivo, la casa pide cinco francos, y nunca he podido yo reunir tanto dinero ántes de caer enferma.

Y Elena lloraba, pero su amigo estaba allí, la esperanza había penetrado en su alma oprimida, tocaba al término de sus pruebas; sus lágrimas resplandecían de júbilo.

Al otro día Carlos impaciente por estrechar sobre su corazón á la criatura que el cielo le había dado, se presentaba en los Expósitos á reclamar su hija. Despues de haber consultado los registros le contestaron que su niña vivía, pero que ántes de entregársela se necesitaba el permiso de la justicia, puesto que se había formado causa y la reclamación descubría al autor del abandono.

— ¡Cómo! exclamó Carlos, ¿con qué en el momento en que una pobre madre viene á reclamar su hija reparando una falta impuesta por la miseria, incurre en los rigores de las leyes?

Este grito del corazón no podía hacer infringir los reglamentos administrativos, pero fué comprendido por los magistrados y Carlos alcanzó la restitución de su hija. ¡Qué día fué aquel para la madre! ¡Con cuánta avidez registraba el delicado cuerpo de Teresa para ver si no había sufrido alguna alteración, si no había experimentado ningún accidente! ¡Con qué delirio besaba los miembros de su hija! Y la criatura parecía comprender el gozo de aquella reunión, y con sus bracitos hacía un collar á su madre ebria de felicidad y de alegría.

Pocas semanas despues Elena se casaba con Carlos; la reparación era completa, y en la partida de bautismo de Teresa se añadía al márgen su legitimación solemne.

MARIANO URRABIETA.

### Celebridades contemporáneas.

I.

Hay en España un español, que mas que español de España parece un español de otra parte. Ni sus instintos, ni sus concepciones, ni sus hechos revelan que haya nacido en este país, del cual ha dicho con mucha razón un extranjero, que es el mas á propósito de Europa para dormir la siesta. ¡Tan visibles son la haraganería y sosiego de sus habitantes!

El hombre á que aludimos posee el espíritu creador de los ingleses, la actividad incansable de los franceses, la gracia imitativa de los belgas, la constancia impertérrita de los alemanes, y la inspiración lozana de los italianos. Solo podría asegurarse que era español, sabiendo que vale mucho y que nadie se ocupa de él.

Muy jóven todavía, concibió un vastísimo proyecto, pensó, meditó, combinó; adujo las razones favorables y adversas para su idea; despreció los obstáculos, olvidó las contrariedades, se burló anticipadamente de sus enemigos; y con el dedo de Colón entre las cejas y la actitud resuelta de un Hernán Cortés de la industria, se volvió á sus compatriotas para decirles: — «Yo voy á conquistaros un nuevo mundo.»

Largas penalidades, inmensas luchas, trabajos sin cuento tuvo que emplear ántes de recoger el menor fruto; pero él que era poeta, pensador, filósofo, artista, industrial, mecánico, economista, comerciante, filántropo, y sobre todo buen patriota, no titubeó, no desmayó, no cejó hasta dar honrosa y completa cima á su proyecto. — Hoy por hoy no vacilamos en decir, que es el apóstol de las luces españolas.

El lector comprenderá que nos referimos al renombrado Pascasio Lizarbe, fabricante de fósforos de Navarra. El es la gran figura que nos proponemos bosquejar en este estudio.

II.

Hay á tres leguas de Tudela una pequeña ciudad, que los geógrafos reconocen con el nombre de Cascante cuyos productos, aunque sabrosos y lozanos como todos los de Navarra, son insuficientes con mucho á proporcionar la abundancia y desahogo que los pueblos han menester en nuestros días.

Ni la feracidad del terreno, ni la bonanza del clima, ni la laboriosa solicitud de los cascantinos, nada bastaba á establecer ese dichoso equilibrio entre la producción y el trabajo, por el cual se recompensa el segundo, y en razon de la cantidad y mérito de la primera. La esteva y el arado siempre en movimiento, no lograban calmar las públicas ansiedades: Dios, que habia permitido la abundancia, no habia concedido el precio; y si el hambre no perseguía á los moradores de aquellas comarcas, faltábanles en cambio los medios materiales de subvenir á otras no menores urgencias de la vida. La balanza económica se inclinaba al lado de la miseria: la idra de la revolucion social asomaba por consiguiente sus siete cabezas ensangrentadas. El peligro era horrible.

Tales pensamientos cruzaron por la mente de Lizarbe, cuando contempló en silencio los males de su patria. La naturaleza sola no bastaba en manera alguna á conjurarlos; necesitábase además la industria del hombre. Pero ¿cuál era la fórmula? — Su siglo se la señaló con el dedo.

Habia por entónces en Europa un problema industrial y científico que resolver. Sabios alquimistas que analizan el cieno para haber de convertirlo en oro, habian enseñado á las gentes un procedimiento sencillo para producir la combustion por el rozamiento. La expresion de esta idea era el fósforo, ingeniosa amalgama de la esencia inflamable de los huesos con cualesquiera materias combustibles; tremendo ataque al oscurantismo material; *fiat lux* interino de los hombres. Pero la idea estaba incompleta: hecha la luz, habia que darla barata, único medio de que el adelanto produjera sus portentosos resultados.

Francia, Inglaterra, Alemania se lanzan al estudio: cada una de ellas se considera llamada á extender el prodigio sin auxilio ni cooperacion de nadie; pero, ¡raro fenómeno! esas naciones que en todos los ramos de la industria marchan á la cabeza del mundo, no consiguen resolver el problema económico que las agita.

De repente y en un confin del orbe científico, en el mas oscuro rincon de la pobre España, se levanta Lizarbe, con el signo de la inspiración en la frente; toma el huevo en sus manos, fija la punta con violencia sobre la superficie plana, y el huevo se queda en pié.

III.

Un cascantino acababa de dar nombre á su época. — No ha podido llamarse siglo del vapor al siglo de Blasco de Garay, y sin embargo Blasco de Garay hizo moverse a un buque con agua hirviendo: el siglo del vapor es aquel en que el agua hirviendo cuesta poco. — Por eso Pascasio Lizarbe al siglo del vapor le añadió el epíteto de siglo de los fósforos.

Toma de las naciones extranjeras lo que necesita para su proyecto: de aquí la masa inflamable, de allí el cuerpo combustible, de esta el cerámen, de la otra el receptáculo, de todas la belleza de la forma, la facilidad de ejecución, el dique á los inconvenientes; medita, reflexiona, y combinando los esfuerzos de todos, aplica su propio esfuerzo á la perfeccion y sencillez del conjunto. Lo que nadie ha podido conseguir lo ha alcanzado Lizarbe. De hoy en mas, la luz del hombre, á semejanza de la luz de la naturaleza, está al alcance de todos.

Entónces quiere difundir su descubrimiento por los ámbitos de la monarquía: coge la pluma, y con la profunda conviccion del hombre que está satisfecho de su obra, del hombre que no duda, que no vacila, que no teme, expresa en sencillo romance, en esa habla romancesca, que al decir de un poeta, se inventó para escribir las glorias de nuestros abuelos, expresa su conquista, su descubrimiento y su gloria en estos términos:

Fósforos de nombradía,  
De luz segura y brillante,  
Se fabrican en Cascante  
Por Lizarbe y compañía.

IV.

No se tome á presuncion la aparente arrogancia del industrial poeta: lo que Lizarbe ha dicho es la verdad. La nombradía de sus fósforos se ha extendido en poco tiempo; la cerilla que sale de Navarra es infalible, su luz radiante; él mismo la fabrica en su propia casa, y solo se vale de sus compatriotas para producirla. No se pueden decir, pues, mas verdades en cuatro versos.

Además que Lizarbe no es un charlatan, ni mucho ménos. Hombre de pensamiento ántes que de acción,

ha educado su espíritu á la par que educaba su cuerpo: el trabajo le ha hecho industrial, el pensamiento le ha hecho filósofo, el sentimiento le hace poeta; y un hombre que reúne al ejercicio incesante de su profesion, la filosofía y el astro sagrado de las musas, no puede decir sino la verdad.

Nuevo Bernardo de Palissy, medita miétras amasa la arcilla y canta cuando modela el jarro; va consignando en sus obras la expresion natural de su pensamiento; escribe en el artefacto lo que emana directamente de su corazon: si cada figura del alfarero francés es una página, cada cajilla del fosforero español es un libro. Ambos han escrito su historia en su mercancía.

Lizarbe no se contenta con haber resuelto la primera dificultad: quiere resolverlas todas. El algodón adquiere en sus manos flexibilidad y blancura; el sebo pierde su mal olor; el fósforo sus maléficis emanaciones; la caja se hace esbelta, el conjunto, en fin, agradable; y todo esto llevado á las últimas especulaciones de la economía, llega á manos del público por un insignificante precio: entónces escribe con cierto énfasis:

A nadie cedo en blancura,  
Ni en brillo, ni en claridad,  
Ni en superior calidad,  
Ni tampoco en baratura.

Y tiene tambien razon. Todos cuantos á la sombra de la creciente fama de Lizarbe procuran imitar sus productos y rivalizar con él, todos se hunden en el concepto público ante la superioridad incontrovertible del navarro. Celébrase un certámen abierto, y de todas partes acuden á disputar la corona en la capital de la monarquía: Lizarbe se lleva la palma desde luego: henchido de júbilo pregonaba en el instante su triunfo, y para disculpar esta pueril satisfaccion, propia del artista laborioso, exclama entusiasmado:

No me llames presumido  
Si mi claridad te inunda  
Sin humo y un estampido:  
Porque el premio he merecido  
De doña Isabel Segunda.

V.

Pero sus émulos, léjos de acobardarse con esta prueba de la pública y real estimacion, asestan nuevos dardos al laureado fabricante; y ya que no pueden desprestigiar el género que produce, condenan la mercancía como atentatoria á la vida del hombre. No basta que Lizarbe haya inventado la detonacion de la cerilla, para precaver los males del incendio (ventaja que aun desconocen hoy todas las naciones de Europa); no basta que haya barnizado la masa fosfórica, para impedir la emanacion de gases deletéreos; no basta nada de esto, no. Los fósforos, dicen, son la ocasion y medio del suicidio. Indignado Lizarbe, grita entónces:

Si se envenena un amante  
Por haber perdido el seso,  
¿Qué tienen que ver con eso  
Los fósforos de Cascante?

El pueblo sensato comprende esta razon y no abandona, sino ántes bien centuplica el uso de sus fósforos. Todas las asechanzas de los enemigos de Lizarbe no sirven mas que para difundir y extender sus productos por nuevas regiones. Para desesperar, pues, á los que tanto y tan infructuosamente le persiguen, escribe luego, como compadeciéndose de su miserable guerra:

Desde Irún hasta Sevilla,  
Y del Ferrol á Alicante,  
No hay pueblo, ciudad ni villa,  
Que no luzca la cerilla  
Y el fósforo de Cascante.

Y así es en efecto: Lizarbe se hace el fósforo universal. Todos los fabricantes de España juntos no expenden una tercera parte de lo que cambia en el mercado la fábrica cascántica. Solo por falta de los de Lizarbe acepta el consumidor fósforos de otra marca; y bien se cuida de expresarlo él mismo, cuando dice:

Mi fama y reputacion  
Se aumentan de dia en dia:  
Y no hay pueblo en la nacion  
Que no dé predileccion  
A Lizarbe y compañía.

VI.

Satisfecho ya de su indisputable triunfo, Lizarbe se tranquiliza; pero no se duerme en sus laureles. Quédale una revelacion que hacer, y ántes de hacerla necesita justificar plenamente sus palabras. El filósofo, el industrial, el poeta estaban satisfechos: mas no el filántropo, no el patriota, no el verdadero amante de la humanidad.

Todas las primeras materias que se emplean en la fabricacion son y deben ser extraidas de aquella tierra, elaboradas por aquellas manos, y utilizadas por aquellos pobres compatriotas, cuyas desgracias se propuso desde un principio remediar. La fortuna le sonreia ya lo bastante para producir tan gigantescos fines: móntase la fábrica en gran extension; llama al trabajo á los ancianos, á las mujeres, á los niños: unos retuercen el algodón, otros bañan la velilla, estos untan el fósforo, aquellos le cortan ó igualan; de un lado se fabrican cartones, se cortan cajas, se forman, se cubren; de otro

se prepara la arena y se aplica y pega á la caja; el papelerero hace papel, la imprenta imprime, el carpintero embala, el traginante conduce; y desde el químico hasta el mecánico, desde el profesor inteligente y vigoroso, hasta el niño raquítico y ciego, todos se ocupan en el país, todos trabajan, todos viven, todos prosperan.

La ciudad que poco tiempo ántes parecia abandonada y ruinoso, cambia repentinamente de aspecto; las construcciones se suceden, la poblacion aumenta, la propiedad se ensancha, la industria se anima, el comercio brota; y la misma agricultura, que no hace mucho se resentia de la depredacion de sus productos, acrece ahora en importancia y valor á medida que se aumenta y avalora el número de los consumidores.

Hé aquí los frutos que recoge el talento, la actividad, la instruccion, la constancia y todas las buenas prendas de que nuestro héroe se halla adornado. Por eso cuando se ocupa de esta última parte de sus tareas, cuando revela este último punto de sus aspiraciones, puede decir con la satisfaccion propia del hombre honrado:

Desde que alumbro á la Iberia  
Con mi luz pura y constante,  
He quitado de Cascante  
Mendicidad y miseria.

¡Gracias te damos, nosotros, oh Lizarbe, en nombre de esa porcion de la humanidad, á quien has salvado con tu constancia! ¡gracias tambien en nombre de ese pueblo á quien has immortalizado con tu genio, y de esa España á quien has puesto en evidencia ante los extraños!

¡Sí, porque cuando consideramos que tú, ¡verdadero héroe cascantino! eres el único que has hecho llamar la atención de las naciones cultas sobre tu pobre y desautorizado país; cuando consideramos que esa Francia, esa Inglaterra, esa Alemania, tan orgullosas con los productos de su industria (como pueden estarlo), no han llegado nunca, ni llegarán tal vez á rivalizar contigo en mérito, perfeccion y baratura; cuando vemos que los franceses, ingleses y alemanes pobres, y hasta de clases acomodadas, no pueden costear todavía mas que fósforos de madera que ahuma, cubiertos de azufre que asfixia, y por un precio duplo que los de tu fábrica; cuando escuchamos en luengas tierras tu nombre venerable, por sobre los nombres de cuantos se han dedicado á tu industria; cuando nos persuadimos, en fin, de que en Europa se sabe que existe España, porque en ella ha nacido Pascasio Lizarbe, fabricante de fósforos de Navarra; entónces un sentimiento de entusiasmo se apodera de nuestra alma, el gozo estalla en nuestros sentidos, y quisiéramos poseer unos brazos tan largos como nuestro deseo, para arrojarnos á tu cuello y expresararte toda la inefable gratitud que hácia tí sentimos.

Pero ya que esto no sea posible, recibe desde aquí nuestro entusiasta y sincero parabien; y si la proverbial ingratitud de tu patria, si ese desvío, puramente español, que en esta zona se tributa al hijo predilecto, amarga tu existencia y te acarrea un prematuro fin, muere seguro de que no faltará un compatriota que, apreciarlas, vaya á tu país, busque tu fosa y escriba sobre el mármol estas célebres palabras:

*Aux grands hommes, la patrie reconnaissante.*

JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.

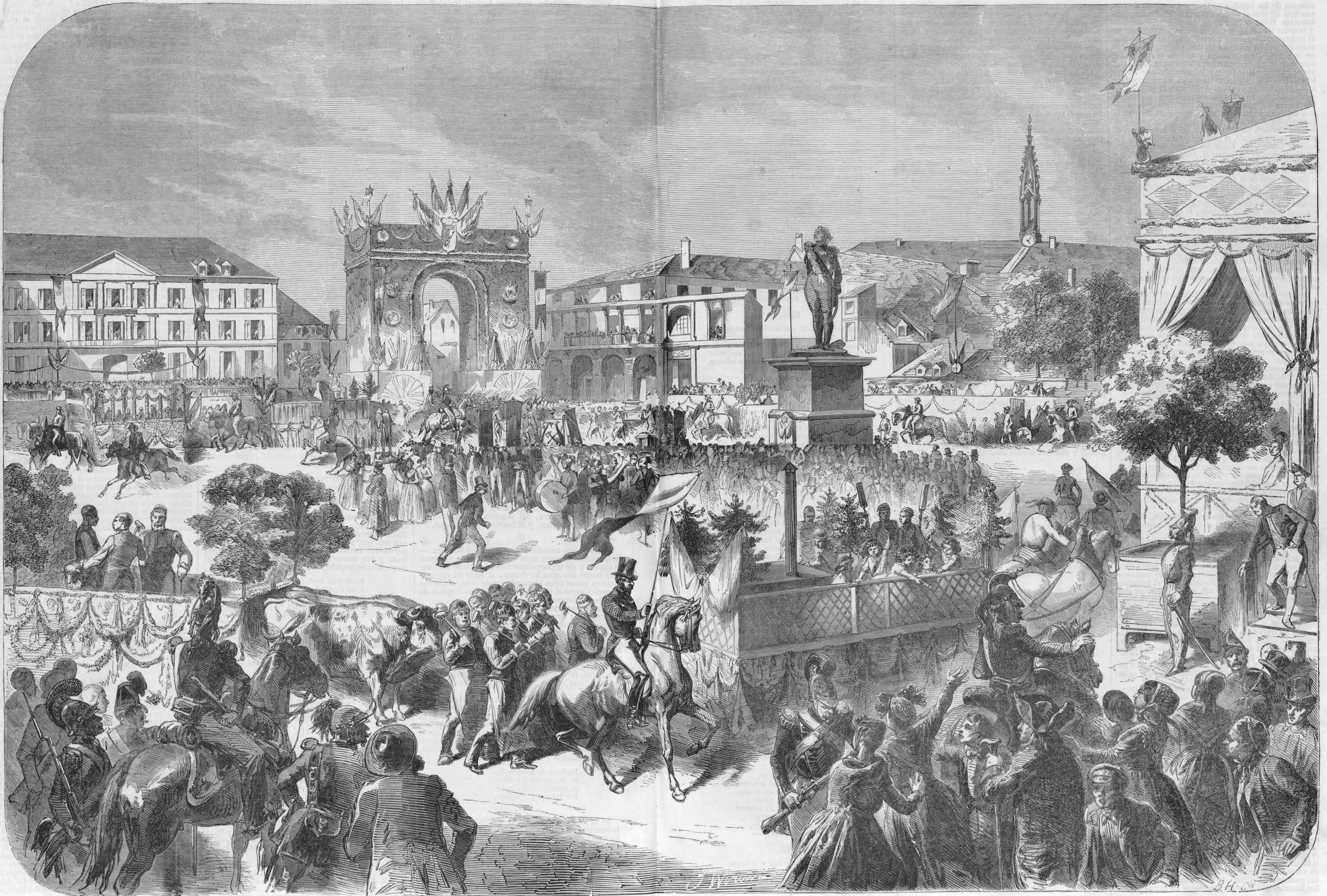
Fiestas de la Alsacia

CON MOTIVO DE LA INAUGURACION DE LA ESTATUA DEL GENERAL RAPP.

Habiendo resuelto la Alsacia erigir un monumento en honor del general Rapp, uno de los nombres mas populares en esa comarca, supo reunir todos los elementos que podian dar un brillo pódoso á la inauguracion de la obra artística. La ciudad de Colmar, patria del antiguo adecan de Napoleón I<sup>o</sup>, quiso que la fiesta principiara por un concurso pacífico, y eligió el momento oportuno que se presentaba para consagrar con cierto relieve la fiesta que los labradores del país celebran todos los años. Los jornaleros se unieron con los labradores y pusieron á la cabeza del programa el establecimiento de un concurso agrícola.

Los trabajadores precedidos por el grupo de las autoridades locales y el cuerpo de los bomberos con su música, atravesaron en la mañana del sábado último, la ciudad adornada con banderas, guirnaldas, pirámides y arcos de triunfo de verdura, y salieron al campo de labranza. Allí se presentaron diez y siete competidores. El terreno se hallaba dividida en porciones iguales designadas con estacas sobre las cuales habia inscritos números de órden.

Se echaron suertes y el primero que salió abrió la marcha ó mas bien la carrera. La calidad particular ó la hermosura del instrumento, y del ganado, no se tomó en cuenta, porque la lucha debia completarse con una exposicion especial de máquinas y de animales. Los jurados solo tenian que pronunciarse sobre lo recto del surco, sobre su profundidad y su anchura, sobre la aptitud para conducir el ganado y sobre la cantidad del trabajo cumplido. El arado debia abrir la tierra á un minimum de 18 centímetros debajo de la superficie. Los labradores que guiaban bueyes ó vacas no debian ejecutar mas que las dos terceras partes del trabajo re-



Fiestas de la Alsacia con motivo de la inauguracion de la estatua del general Rapp en Colmar. — Desfile de las corporaciones obreras, industriales y agricolas.

clamado de los caballos. — Damos un dibujo de este concurso agrícola al que asistió una muchedumbre considerable. (Véase la pág. 221).

Después vino la fiesta militar según se anunciaba en el programa. El cortejo formado en las casas consistoriales se puso en marcha á las dos, y atravesó la ciudad en medio de las guirnalda y trofeos. Al rededor del Campo de Marte cuarenta palos venecianos lanzan al viento cuarenta estandartes con los nombres de las celebridades del Alto-Rhin en las letras, las ciencias, las artes, la industria, el clero, el ejército y la política. El cortejo se coloca en torno del monumento; en primera fila figuran el general Schramm, presidente de la comisión del monumento; Hartmann, presidente del consejo general; los generales Mayer, Reibell, Blamhard; el coronel Marnier, antiguo edecan del general Rapp; el coronel inglés Halkett, el prefecto del Alto-Rhin, el alcalde de Colmar, etc. Entre las señoras está la madre del joven escultor de Colmar M. Augusto Bartholdi, autor de la estatua, que por una atención delicada tenía su puesto designado en el cortejo entre las autoridades y los miembros de la familia Rapp.

A una señal del alcalde el velo de la estatua cae y aparece Rapp en pie sobre la muralla de Dantzic en una actitud valerosa; la frente erguida, los cabellos esparcidos, el cuello libre y desnudo, la mano izquierda al sable y la derecha haciendo un ademán indignado. El artista eligió el momento en que Rapp obligado á tratar después de una defensa larga y memorable, sabe con indignación que la capitulación está violada.

Redoblan los tambores, se oyen aclamaciones prolongadas, y por fin el silencio se restablece y principian los discursos oficiales. Las primeras autoridades toman sucesivamente la palabra; hubo también una oda y una cantata.

Después de los discursos y la música la guarnición principia el desfile con el conjunto imponente de las tropas francesas; luego viene el cortejo industrial, agrícola y artístico, procesion pintoresca y original, como solo se ven en ciertas fiestas flamencas y alemanas.

A primera vista no se descubre más que una masa confusa de trajes y de banderas de mil colores, pero á medida que la procesion va pasando se pueden apreciar sus detalles.

Vemos pues, un carruaje con seis caballos cargado de frutas y de flores, con una porción de jóvenes que lanzan al pasar ramilletes de rosas. Pero ¿qué significa ese otro carruaje de forma elegante, ligera, sin amo ni cochero, con un tiro de dos caballos blancos? Es un vehículo modelo que presenta la corporación de los guarnicioneros y constructores de coches.

Vienen luego los zapateros que traen bajo un fanal un par de botas de charol; — los vidrieros con un globo pintado y estrellas formadas de vidrios de todos colores; — los cerrajeros con una gruesa llave de oro de 1648, ilustrada por la reunion de la Alsacia á la Francia; — los relojeros con un magnífico reloj que tiene toda la máquina á descubierto y dejando colgar cuatro cintas que llevan cuatro jóvenes vestidas de blanco. Estos obreros llevan todos una blusa y una gorra de hule.

Los curtidores llevan chaleco negro, delantal de piel blanca, y gorro de terciopelo negro;

Los gamuceros, también con chaleco negro, delantal amarillo, gorro de terciopelo encarnado y además una faja;

Los carniceros con su chaleco oscuro y la cuchilla al hombro conducen al holocausto á dos ovejas sobre un carro arrastrado por bueyes impenetrables;

Los sastres de frac y pantalon negro, no llevan ninguna otra prueba de su habilidad, formando contraste con otras corporaciones que insistiendo en el principio opuesto no se contentan ya con manifestar á los ojos emblemas, insignias y obras, sino que funcionan y distribuyen generosamente sus productos improvisados. ¿Qué llevan por ejemplo esos labradores? El arca simbólica de Noé, y luego dos imágenes de Taleb y de Josué con las uvas de la tierra prometida. Unos niños llevan en canastos una provision de dorados racimos, otros los arrojan al lagar, y otros en fin dan á prueba el vino nuevo de 1856.

Los toneleros y los fabricantes de cerveza llevan un tonel sin aros y otro como los ordinarios del que sacan por una sola llave tres clases de bebidas.

Los tejedores confeccionan por medio del mecanismo Jacquard, hermosas servilletas que cortan y regalan á los observadores.

Los carpinteros trabajan un leño, los tejeros fabrican tejas y ladrillos, y los albañiles edifican una torrecilla y los picapedreros trabajan la piedra.

Los ebanistas hacen un armario.

Después de los segadores que limpian el trigo de la cosecha con las máquinas de vapor inglesas, vienen los molineros reduciendo el grano á un polvo mas blanco que la nieve. Estos pasan la harina á los tahoneros que hacen la masa, cuecen panecillos y los arrojan abrasando á la muchedumbre.

Los alfareros van sacando en barro una figurilla de la estatua de Rapp.

En un carro se ve una fragua encendida: fundidores y mecánicos calientan los duros metales, dan vuelta á los cilindros de cobre, trabajan el estaño y el plomo y sacan medallas conmemorativas de la fiesta.

Antes de terminar este cuadro no quiero olvidar tres grupos de aldeanos y aldeanas del valle alsaciano de Munster. Los trajes nacionales se ostentan allí en toda su verdad. Delante van los mozos con chaqueta redonda, pantalon de lienzo y sombrero de alas anchas. Los ancianos que los siguen sentados en carros peque-

ños llevan el sombrero de tres picos tradicional, la casa color de castaña á la francesa, cuello derecho y anchos botones de seda, calzon corto, medias azules y zapato con hebilla; las mujeres llevan la papalina en el moño con dos cintas que bajan por la cara.

Hé ahí una débil imagen de ese conjunto encantador. Por la noche hubo iluminacion, fuegos de Bengala, fuegos artificiales, y transparentes con versos patrióticos.

Los juegos militares del dia siguiente y el baile que tuvo lugar en el teatro terminaron dignamente aquellas hermosas fiestas, de las que solo he trazado los principales episodios. Para extenderme mas habria tenido que pasar los límites que se me han señalado. Sin embargo, no quiero omitir una serenata improvisada, verdadera fiesta veneciana que se dió al general Schramm en la casa de campo de la señora de Bartholdi, y el magnífico paseo con antorchas que fué su conclusion.

Podemos resumir en pocas palabras la relacion de esas fiestas alsacianas:

El ferro-carriil y todos los caminos de la comarca traen á Colmar ejércitos de viajeros. La Francia, la Alemania y la Inglaterra se encuentran representadas y se dan la mano. El gran ducado de Baden y otros países envian su contingente de curiosos; dos coroneles ingleses venidos á la Alsacia á reclutar soldados para la legion extranjera que se organiza mas allá del estrecho, atraen muchos viajeros compatriotas que hacen alto un instante en medio de sus excursiones helvéticas ó germánicas á fin de llevarse el recuerdo de una solemnidad nacional y pintoresca. Las guirnalda, las banderas, los estandartes, los arcos de triunfo dan á Colmar el aspecto de una capital adonde habria llegado la noticia de una victoria insigne. En breve se adelantan las banderas de todos colores en las que figuran los símbolos del arte, de la agricultura, de la industria: las tropas de la guarnicion se reunen al cortejo del pueblo y las autoridades oficiales quieren figurar en esa lucha de emulacion patriótica. Jefes civiles y jefes militares marchan al ruido de las músicas y de las aclamaciones al estrado donde ya les espera una especie de estado mayor, si es permitido hablar así, de las beldades femeninas del Alto-Rhin. Algunos centenares de orfeonistas cantan un himno; luego se da la señal, cae el velo que oculta la estatua y aparece el héroe en su pedestal, siendo aclamado por la muchedumbre y saludado por el cañon. Siguen los discursos oficiales; los orfeonistas cantan de nuevo y principia el desfile de la tropa y de las corporaciones obreras. Cada oficio tiene allí sus delegados, sus emblemas y sus carros. Un sol hermoso hace brillar los mil colores de los trajes y de los adornos alegóricos. El cortejo cierra su marcha y los espectadores se retiran diciendo que ninguna solemnidad mas grandiosa puso á la Alsacia en movimiento desde que celebró en 1848 el segundo aniversario secular de su incorporacion á la grande y generosa familia francesa.

E. G.

### Hombres ilustres

#### DE LA AMÉRICA ESPAÑOLA.

JULIO ARBOLEDA.

(Continuacion.)

XIX.

Y tengo, lo que pocos hombres tienen,  
Si, tengo á aquel que en mi temprana infancia  
Me arrancó del poder de la ignorancia,  
Ayudando á formar mi corazón;  
Al que fué mi maestro, y es mi amigo, —  
Amigo cual ninguno, tengo á Luna,  
Estóico vencedor de la Fortuna,  
Que logré, por favor, esta prision...

XX.

¿Quiénes son estos hombres que así miran  
Melancólicamente al que ha venido?  
Cada cual de mis males condolido,  
Me lanza una mirada de amistad;  
Sírvenme atento, respetuoso; y guarda  
Cuando escribo silencio; y aun me obliga  
A que reciba de su mano amiga  
Una prueba de afecto ó de piedad.

XXI.

Sus delitos? — Señor, mejor lo sabes!  
Fué la inocencia su único pecado  
Quizá, ó algun infame magistrado  
Sació en ellos, sin causa, su rencor!  
Tal es nuestra igualdad! Por fuera canta,  
En arresto mentido, el delincuente,  
Y adentro sufre y calla el inocente!...  
Por daño estoy aquí? — lo tengo á honor.

XXII.

Búntese allá el ladrón privilegiado,  
Y sirva impune á depravado intento,  
Siendo acaso mortífero instrumento  
De venganza, en tus calles, Popayan.

No hay que temer aquí del rematado,  
Sino del juez algun mandato expreso;  
Ni escandaliza el desgraciado preso,  
Ni arredra la prision, sino el guardian.

XXIII.

Oh patria! patria! por do quiera miro  
Enseñoreado el crimen de tu suelo!  
¿Son estos ¡ay! los frutos del desvelo  
Del genio, de la ciencia y la virtud?  
¿Nuestros padres apenas consiguieron,  
Después de tanto esfuerzo sobrehumano,  
Variar el nombre del feroz tirano,  
Dejándonos en peor esclavitud? .

XXIV.

¡Dios y Señor del mundo, cuya diestra  
Virtió sobre mi patria la abundancia!  
En alas del delito y la ignorancia,  
Llega la hambre á tu tierra de Canan!  
Y los hijos del crimen, derramados  
Sobre tu paraíso, en el estrago  
Se gozan; y tu pueblo errante y vago  
Tiembra ante el hijo réprobo de Can.

XXV.

Donde ántes hubo flores, hay abrojos!  
Esos del Cauca destronados reyes,  
Como olvidados de tus santas leyes,  
Destruyen ay! su propia libertad;  
Y dejan, por Obando, el corvo arado,  
Para que espinas nuestra tierra brote;  
Y no lo ven, y Obando es el azote  
Con que castigas, Dios, su iniquidad!

XXVI.

¿Qué es Cali? — El patrimonio de asesinos,  
Que profanan con lúbricos abrazos  
Nuestras madres, ó arrancan á foetazos  
La hija á su padre — al hombre su mujer. —  
¿Qué es Palmira? — La herencia de villanos,  
Que en sus delitos el tirano ampara,  
Y pasean, en báquica algazara,  
El estupro y el robo por do quier.

XXVII.

Y ¿qué eres tú, comarca pintoresca,  
Que diste al Gran Cabal su noble vida?  
¿Y qué eres tú, por fin, patria querida,  
Cuna de Torres, noble Popayan? —  
Reunion de esclavos viles y cobardes,  
Que temblamos de un monstruo corrompido,  
Y del flexible látigo al chasquido,  
Doblamos la rodilla ante el Sultan.

XXVIII.

¡Y el gran Señor, que nuestras hijas vende,  
O á sus siervos, en premio, las regala,  
Su tibio aliento sobre el trono exhala  
Meciéndose en estúpida embriaguez! —  
Los esbirros de López, el tirano,  
Que él premia, que él excita, que él consiente,  
Besan á nuestras hijas libremente,  
Y nosotros temblamos á sus piés!

XXIX.

Vedlos! miradlos bien! que no es delirio,  
Azotando al anciano octogenario,  
Después de arder el chozo, necesario  
A su achacosa y trémula vejez!  
Vedlos! miradlos bien! á Hernandez hieren,  
Sorprenden á la virgen casta y pura,  
Y entre risas contemplan su hermosura,  
Azotando su horrible desnudez!

XXX.

Vedlos! entre las sombras de la noche  
La villa asaltan, rompen las prisiones,  
Y libran á sus bravos campeones,  
Que un juez osado se atrevió á prender!  
Y el aire atruena con sus armas roncás,  
¡Viva el gobierno! sin cesar gritando!...  
Y aquellos son de los que estais temblando,  
Que vencen entre ciento á una mujer!

XXXI.

Aquellos son el pueblo granadino,  
Que respeta, que implora el magistrado,  
Los que tienen las armas del Estado,  
Señores del gobierno y la nacion:  
Esos son nuestros amos! los potentes  
Dominadores de la vasta tierra,  
Cuyo foete flexible nos aterra —  
Los Anicetos del novel Neron!...

XXXII.

... Oh! qué pudiera yo tender el brazo,  
Sabiendo de esta cárcel triste y fria,  
Sobre el tirano de la patria mia,  
Y pecho á pecho batallar con él!

Entónces viera el socialista infame  
Si son nuestras esposas baratijas,  
O impúdicas rameras nuestras hijas,  
O nuestra patria su infernal burdel...

XXXIII.

Entónces viera el socialista, viera  
Si á su mano, al garrote acostumbrada,  
Le luce tanto el puño de una espada,  
Como le luce una órden de prision:  
Y el grande vencedor de las mujeres,  
Pié con pié, frente á frente, mano á mano,  
Quizá hallara el papel de Coriolano,  
Méno cómodo *asaz* que el de Neron; —

XXXIV.

De ese Neron hipócrita y bastardo,  
Que su mirada de lascivia pudo,  
En el cadáver pálido y desnudo  
De su difunta madre, deleitar,  
Cual deleita sus ojos, inyectados  
De sangre y de venganza, aquel malvado,  
Que de la patria el cuerpo desgarrado  
A sus plantas se goza en contemplar.

XXXV.

Duerme el leon en la escarpada Pasto  
Tranquilamente, de su selva dueño:  
Ay! del que turbe su imponente sueño,  
Que de sus garras víctima será!  
Y cabe el Cauca noble y caudaloso,  
Del leon el cachorro juguetea,  
Prueba sus fuerzas, y el rugir desea  
Con que el padre á la lid le llamará...

XXXVI.

Sur! cuna de valientes! has oido  
El látigo zumbiar y no despiertas!  
Leones! tenéis á vuestras hembras muertas,  
Y aun hallais en dormir seguridad!  
Qué! no basta esto?— Y en la jaula indigna,  
Columpiaréis los miembros mansamente!  
Y de la noble y orgullosa frente  
Rendiréis, sin lidiar, la majestad!...

XXXVII.

Al yugo paternal nos sustrajimos,  
Y á ser hombres y libres aspiramos,  
Y, por no ser esclavos, quebrantamos,  
A sangre y fuego, la cadena vil.  
Y hoy una nueva aristocracia impera:  
Se jacta el crimen de su cetro regio,  
Y tiene solo el crimen privilegio  
De imponernos su ley con el fusil!

XXXVIII.

Arrojamos un rey de nuestras playas,  
A cuyas plantas se postraba el mundo.  
El genio de Bolívar sin segundo  
Indigno de mandar nos pareció:  
Y López hoy, Dulcey, Guaynas, Obando,  
Hacen causa comun con los esclavos,  
É impunes vejan á los mismos bravos,  
Que el genio de Bolívar respetó!

XXXIX.

Pero no reinarán, que el mal se gasta —  
Y cesará su bárbaro recreo —  
Tendrá Israel al fin su Macabeo;  
Tendrán los Holofernes su Judid.  
No hay mas Señor que Dios! — El nos asista!  
No hay mas Señor que Dios! — con Él vivamos!  
No hay mas Señor que Dios! — en Él confiamos!  
Con Dios — por Dios — de Dios será la lid.

XL.

López! yo os acusé de tiranía:  
Para probar al mundo lo contrario,  
Buscáis un juez infame y mercenario,  
Que una prision á mi inocencia dé:  
Así Neron, para probar al mundo,  
Que no es de Roma el destructor aleve,  
En los cristianos, cuya sangre bebe,  
Los incendiarios de su patria ve.

XLI.

Oh! tenedme encerrado, y ciego, y mudo:  
No permitais que ande, mire, ni hable:  
En este estado triste y miserable,  
Prueba elocuente de mi dicho soy.  
Esa sentencia que mis brazos ata,  
Esa sentencia que de hablar me priva,  
No impide no, que el pensamiento viva,  
Y salve el muro do encerrado estoy.

XLII.

Aquellas rejas, que á la luz se oponen,  
Del humano poder vanos ensayos,  
Podrán del sol interceptar los rayos,  
Pero eclipsar mi pensamiento — no.

Aquí tenéis mi cuerpo flaco, enfermo,  
Y sometido á vuestro férreo yugo:  
Herid! herid! gozad! gozad! verdugo,  
Eso que estais hiriendo no soy yo;

XLIII.

Yo no estoy *todo* allí: yo tengo una alma  
Que no se agobia ante el poder humano,  
Y que se burla del esfuerzo vano  
Con que quereis matar su libertad:  
Una alma libre, invulnerable, osada,  
Que anda de clima en clima libremente,  
Que solo de su Dios omnipotente  
Invoca la justicia y la piedad;

XLIV.

Ella tiene sus alas: — ella salva  
Guardian, y reja, y calabozo, y muro,  
Y el pensamiento — sin temer — seguro,  
A otra region sobre esas alas va.  
¿Qué me importan los grillos, las cadenas,  
Los tormentos del bárbaro impotente?  
Nada de eso deshonra al inocente,  
Infamia eterna á sus tiranos da.

XLV.

Persecucion! Persecucion bendita!  
A Sócrates le diste tu cicuta,  
Y abriste á los Apóstoles la ruta,  
Por do se llega al trono del Señor.  
Persecucion! Persecucion! no vayas  
A olvidar á tu víctima escogida!  
Sigue amargando mi angustiada vida,  
Mientras haya en mi patria un opresor!

XLVI.

Haz que se cumpla, *para el bien de todos*,  
En mí solo la triste profecía;  
Que me degüellen, y la sangre mia  
Ahogue al tirano y su poder fatal!  
Ya me han predicho que á la cárcel vengo  
Para morir: abierto está el camino:  
No esquivaré mi pecho al asesino  
Que festeje en mi sangre su puñal.

XLVII.

No quise huir, que la sentencia infame  
Siempre es sentencia, y mi deber me ordena  
Someterme al tormento, á la cadena,  
Cuando haya un juez que lo disponga así.  
Ante tu bien ¡oh patria de mis hijos!  
Yo doblo humilde la marchita frente:  
Limpio de mancha estoy; soy inocente,  
Me siento digno de sufrir por tí.

XLVIII.

No tanto como aquel, que vió en el padre  
Su sacrificador, cuando inocente  
Puso en su Dios los ojos reverente,  
Y esperó humilde el golpe de Abraham;  
No tanto como el tierno corderillo  
Blanco, que al año, en Israel moria:  
Esos eran de Dios: no, patria mia,  
No tan puras, tus víctimas serán.

XLIX.

Dios, solo Dios, merece que en sus aras  
Muera, á manos del recio carnicero,  
Ese manso profético cordero,  
Que lame el fierro que le va á matar.  
Patria! tú no eres Dios, y no mereces  
Lo que se debe á Dios: eres su hechura:  
Tú mereces amor de la criatura,  
Pero solo el Creador merece altar.

L.

Patria! por ti sacrificarse deben  
Bienes — y fama — y gloria — y dicha — y padre —  
Todo — aun los hijos — la mujer — la madre —  
Y cuanto Dios, en su bondad, nos dé. —  
Todo, porque eres mas que todo, — méno  
Del Señor Dios la herencia justa y rica: —  
Hasta su honor el hombre sacrifica  
Por la patria — y la patria por la FE.

LI.

Guardemos nuestra FE! — Grande es el mundo,  
Y si nos falta tierra en qué vivamos,  
No ha de faltarnos tierra en qué muramos: —  
Unas pocas pulgadas bastarán.  
Y — «Adios tiranos!» — ¿Quién podrá arrancarnos  
Ya nuestra libertad y nuestra vida?  
Quien echar de su tierra prometida,  
Al que guardó tu ley, Dios de Abraham?...

LII.

Y tú, juez tremebundo, escucha! escucha!  
Ama el tigre á su hembra; el gallo ufano

Da á su gallina el encontrado grano;  
Cuida á su yegua el infeliz rocín:  
Son mas nobles que tú. Tú al ver la reina  
De la creacion, la muerte ya respiras,  
Y á los ministros, mandas, de tus iras:  
«Lanza sin distincion, fuego sin fin!»

(Se continuará.)

J. M. TORRES CAICEDO.

Vistas tomadas en el istmo de Suez.

Las tres vistas que se hallarán en la página siguiente son relativas á los tres puntos principales del istmo de Suez, las dos extremidades y el centro. La primera representa Suez y el mar Rojo al Sur del istmo. La segunda representa el lago Timsah que se encuentra en medio casi á igual distancia de ambos mares. La tercera en fin, es un oasis no léjos de Pelusa y del Mediterráneo. De una sola ojeada se puede ver sobre esos tres dibujos que ese desierto no es tan estéril como se dice: aquí un pueblo con el movimiento de un puerto y de una navegacion bastante activa; mas allá aguas estancadas rodeadas de una vegetacion abundante aunque de un color amarillento, y por último un oasis con su verdura tan agradable de encontrar en medio de las arenas y sin duda tambien con sus fuentes de agua dulce mas agradables aun y necesarias.

Así pues, si hay muchas arenas en el istmo de Suez tambien hay otra cosa; y cuando las aguas del Nilo pasen por allí, esa comarea hoy desierta, se volveria tan fértil como en otro tiempo, lo que atestiguan las ruinas de doce ó quince pueblos que se hallan aun por esos contornos.

VISTA DE SUEZ.

La vista está tomada de la costa de Asia en frente de la ciudad. Los cuatro camellos y los árabes que los guian vuelven de las fuentes de Moisés donde fueron probablemente á buscar agua, pues la ciudad de Suez no tiene una gota de líquido que pueda beberse. Las aguas de las lluvias que recogen con mucho trabajo, porque las lluvias son escasas y duran poco, no pueden bastar para el consumo. El agua de las fuentes de Moisés está muy léjos de ser buena, pero en fin es un recurso. Primero la beben los animales, y los hombres cuando no tienen otra mejor. El oasis que llaman las fuentes de Moisés está situado á unas tres leguas de la orilla del mar Rojo en Arabia y sobre el camino del Sinaí. Algunos jardines están regados por esta agua que pronto se bebe el suelo abrasado, y alrededor hay algunas casas de campo de comerciantes ricos de Suez. Los camellos vuelven cargados de agua; dos van á entrar en la lancha y tienen ya los piés en la mar y otro se dispone á imitarlos. El cuarto espera que arreglen su carga que se habia desarregrado en el camino.

Un vapor á la izquierda va sin duda al Sudeste de la rada hácia la corbeta-almacen inglesa, depósito de carbon para los grandes vapores que dos veces al mes llevan á Suez los despachos de la India y de la China.

Se ven algunas barcas de lado delante de la ciudad; la marea está baja. Son las miserables barcas de los indígenas que hacen el tráfico del mar Rojo y van á Djeddah por los cafés de Moka, á Koseir por los productos del alto Egipto venidos por la via del Nilo hasta Keneh, Sauakin, y Massauah, cuando se atreven á hacer tan grandes viajes. Los marinos árabes son poco diestros, pero en breve la pobre navegacion de cabotaje será reemplazada en esos lugares tan poco conocidos como explotados, por la navegacion de vapor que va á establecer el gobierno egipcio.

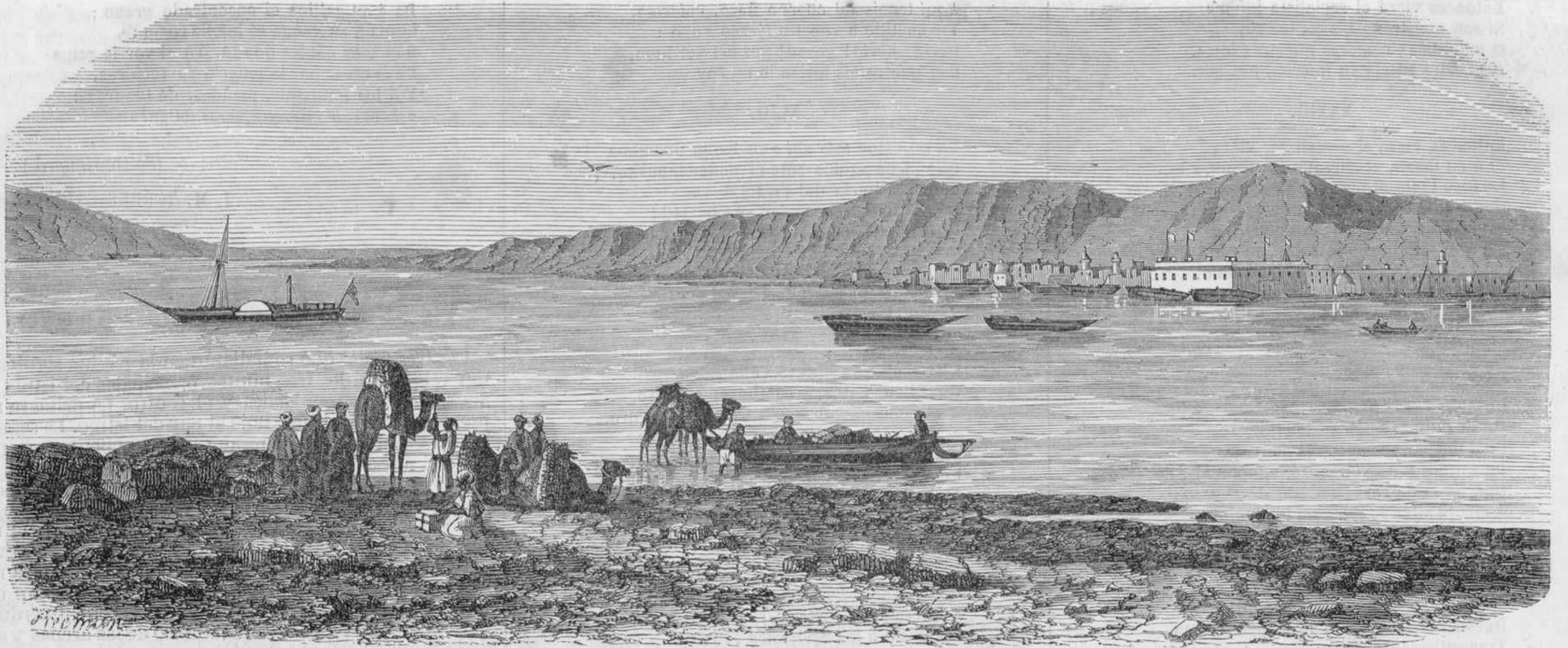
El buque que se distingue á la derecha de la ciudad es la fonda donde paran los viajeros que llegan de la India ó que van á ella. Ya pasaron ó van á pasar por el desierto del Cairo en Suez, donde la posta del *Transit*, muy bien servida, anda cuatro leguas por hora, mientras se concluye el camino de hierro, lo que será el año próximo.

Las montañas que reinan detrás de la ciudad son las del *Attaka*, montañas muy áridas pero preciosas por los excelentes materiales de construccion que suministran y con los cuales se halla edificado Suez casi enteramente. De allí sacarán lo necesario para el canal marítimo de Suez á Pelusa.

Suez tiene, segun dicen, de cuatro á cinco mil habitantes, lo que es enorme en una localidad que no tiene una gota de agua, ni un árbol, ni una flor, ni una yerba. El agua se vende allí á precios fabulosos y á menudo tienen que traerla del Cairo que se halla á treinta y dos leguas.

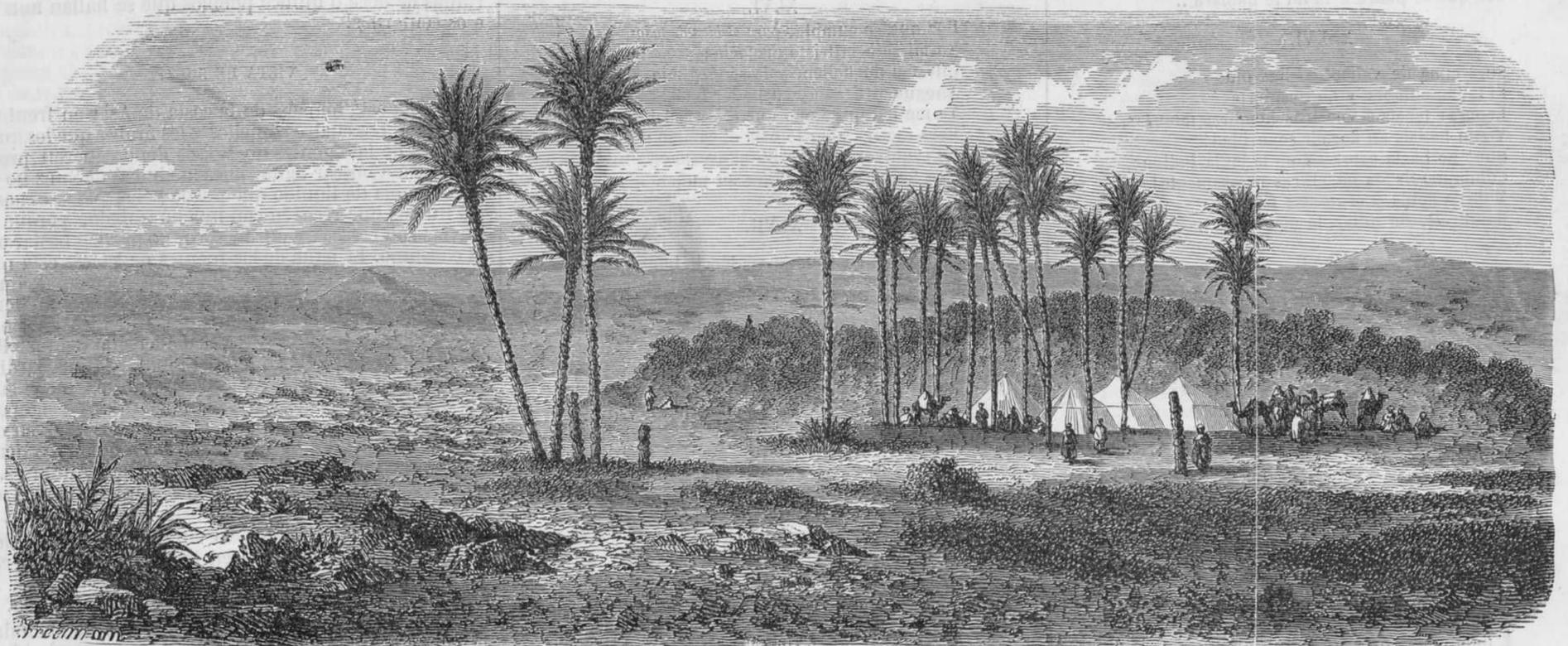
VISTA DEL LAGO TIMSAH.

En el lago Timsah á quince leguas al Norte de Suez, tampoco hay agua dulce, pero sin embargo, se ve mucha vegetacion, y esto consiste en que las aguas del Nilo penetran hasta el lago en las grandes crecidas por la depresion del *Vadée-Tumilat*, y llevan consigo una fecundidad relativa. Desgraciadamente el fondo del lago está ocupado por bancos de sal enormes



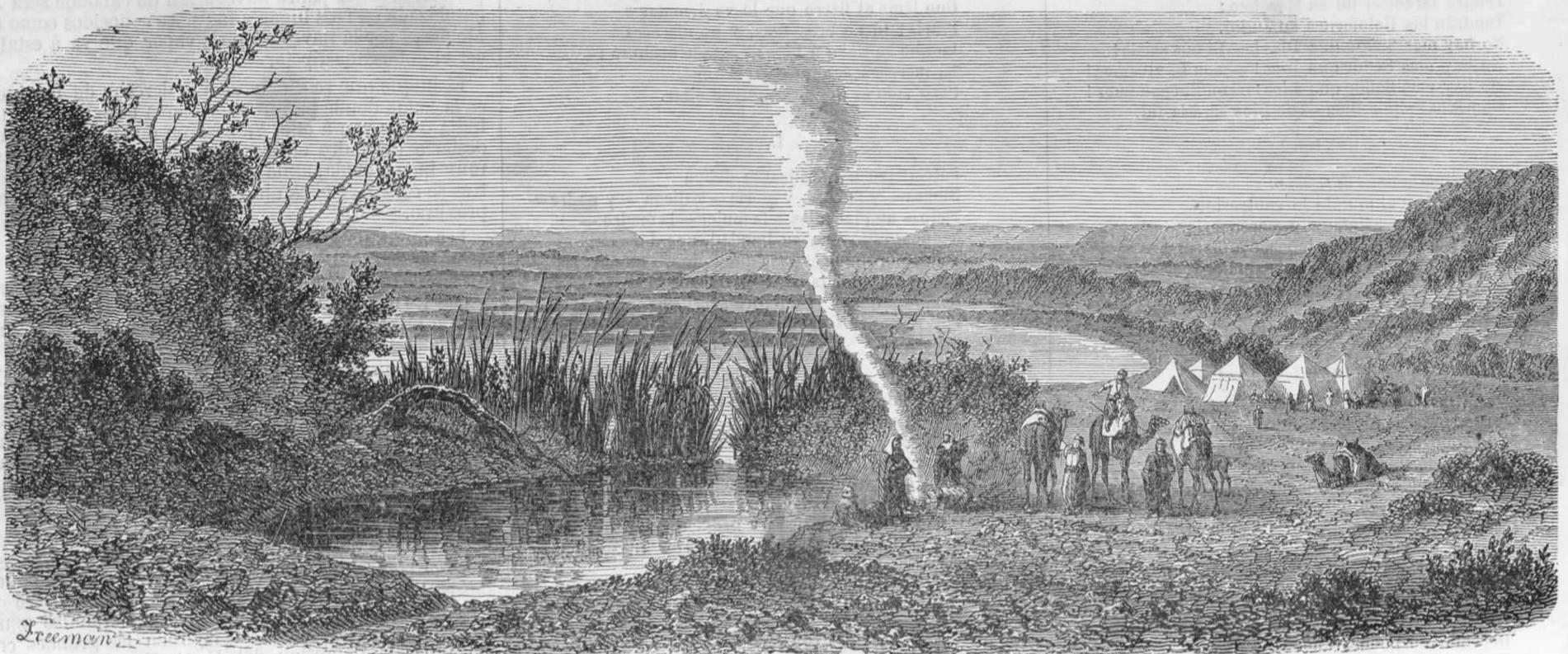
Suez.

que estropean el líquido; además estas eguas estanca- | do. No es mal sano, pero es poco agradable. Hay no | y en nuestro dibujo se ven reproducidos esos volátiles.  
 as, exhalan un olor muy fuerte de hidrógeno sulfu- | obstante muchos platos salvajes que viven en esa agua, | En una de las dunas que dominan el lago se ha dete.



Un oasis.

nido una caravana de árabes. | Las tiendas están sobre | ven los viajeros que han encendido una hoguera con | duda preparan la galleta, cocida en las cenizas, lo que  
 a derecha en una ondulación | los matorrales que el suelo ofrece en abundancia; sin | no es tan malo de comer como se cree. Cuando se come



El lago Timsah.

caliente sin sal y sin manteca, pero sazonda por el aire tan tónico del desierto sabe bien; los sobrios habitantes de esos países no tienen otro alimento y están llenos de fuerza y de agilidad.

Vemos pues, que habria poco que hacer en el lago Timsah para convertirle en un magnifico puerto interior, donde podria abastecerse la gran navegacion de las Indias, de la Australia y de la China, y donde vendria á desembocar por el Uadée-Tumilat la navegacion del Egipto reunida sobre ese punto por un canal de agua dulce.

El lago Timsah se encuentra á la extremidad oriental de la tierra de Gessen, tan famosa en la Biblia por haber sido ocupada por los hebreos conducidos por Jacob y sus hijos, y porque salieron de ella guiados por Moisés.

VISTA DE UN OÁSIS AL ESTE DE PELUSA.

Así como á quince leguas de Suez hallábamos *Timsah*, á quince leguas de *Timsah* está Pelusa. Pero dejaremos estas ruinas ilustres á la orilla del mar en donde se encuentran y nos detendremos un poco en el oásis, á dos ó tres leguas al Sudeste con el Mediterráneo á la vista sobre nuestra izquierda. Aquí no se ven ya arbustos y cañaverales como en *Timsah* y en el trayecto entero del istmo desde los *Lagos-Amargos*; son árboles soberbios, palmeras de cuarenta ó cincuenta piés de altura. Probablemente se detuvo ahí una caravana procedente de Siria, para pasar algunas horas de descanso, algunos dias quizá y hacer su provision de agua, pues ahí se encuentra agua dulce hasta para bañar y alimentar las



Venta de caballos inútiles del ejército en Oriente.

No distinguimos Pelusa sobre la izquierda al Noroeste, pero en ménos de dos horas estaríamos allí si esos árabes quisieran confiarnos una de sus monturas. En Pelusa veríamos un mar soberbio donde podríamos bañarnos en una playa de arena pura y fina, con delicias aun en diciembre. Veríamos los lugares donde Pompeyo fué asesinado por un traidor. Adelantando un poco mas al Oeste entre el boghaz de Um-Fareg y el de Um-Ghemileh, veríamos tambien el punto donde desembocará el canal marítimo, despues de haber atravesado el lago Menzaleh, y donde estará el puerto Saïd en frente de la antigua Tannis, hoy destruida como Pelusa.

Venta

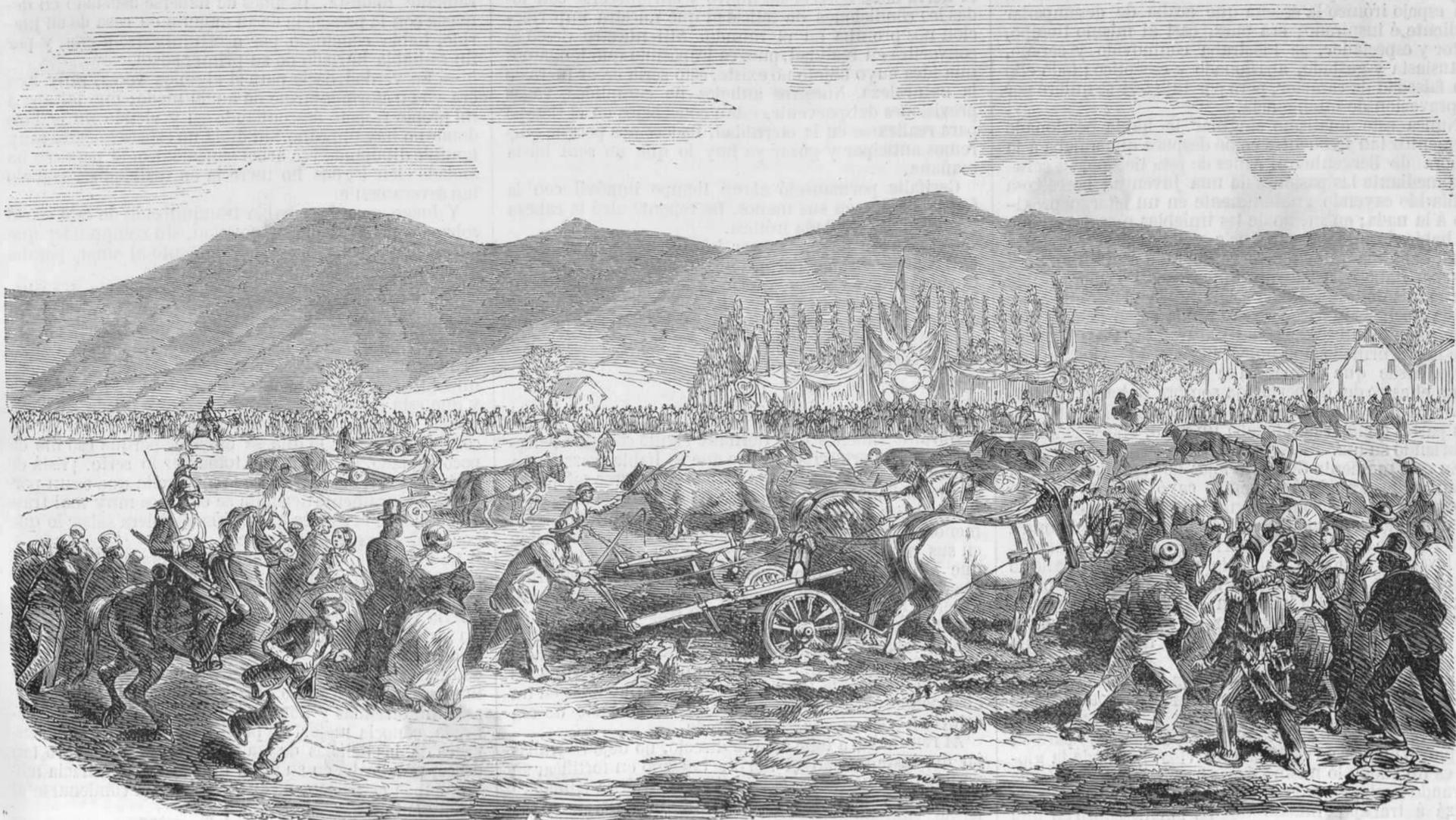
DE CABALLOS INÚTILES EN LA CRIMEA.

Muchos caballos del ejército expedicionario han sido declarados inútiles y vendidos en Oriente; á ellos está consagrado este dibujo el que por consecuencia para no ser absolutamente insignificante necesitaria estamparse acompañado de algunas líneas de explicacion. El asunto parece estéril, y sin embargo, si se tiene alguna com-

gruesas raíces de los árboles cargados de frutos de las tribus próximas.

Las tiendas se alzan entre los árboles y un promontorio que no es mas que una duna de arena, que se ha ido formando poco á poco al abrigo de esos árboles; las arenas se aumentan así de año en año y acaban por formar montones que tienen hasta diez piés de altura.

pasion por el caballo de un brillante carruaje que pasa á manos de un alquilador de malos coches, ¿quién puede permanecer insensible á la suerte de los que abandonan las filas del regimiento por las estepas de la Crimea? Ya no oirán la corneta ni el acento de una voz francesa: ¿serán á lo ménos los pobres animales comprendidos por sus nuevos dueños?



Fiestas de la Alsacia. — Concurso de labradores en Colmar. (Véase la pág. 218.)

## GERIFALTE.

Por CARLOS DE BERNARD.

(Continuacion.)

## XV.

La experiencia de la vida encierra una compensacion amarga de todas sus ventajas, destruye la sencillez del carácter. En cuanto esa triste compañera llega á tomar al hombre de la mano, ¡ay del hombre! en vano trataria de libertarse de ella; su alma principalmente clara como el cristal cuyos poros dejan pasar la luz sin ennegrecer el reflejo, se encubre de un crespon que la hace opaca. En vez de parecerse ya á los gloriosos espíritus, espléndidos rivales de las estrellas, se materializa y reviste todas las miserias de esa degradacion: tiene una sombra.

Aquel que se encuentra admitido en la iniciacion de la vida real se hace doble en cierto modo; en él se opera un fenómeno moral que recuerda la monstruosidad de que Rita y Cristina ofrecian un ejemplo. Hay dos hombres en vez de uno; dos hombres pegados juntos mas no confundidos y que conservan separadamente deseos y voluntades á menudo contrarios.

Gerifalte, como todos los hombres de entendimiento, se encontraba á veces dominado por esa complicacion de existencia hasta el punto de no distinguir ya su personalidad positiva. Excitado por un trabajo obstinado ó por los refinamientos de la vida parisiense, su alma habia tomado demasiado desarrollo para poder absorberse en una sensacion cualquiera que pudiese ser su fuerza; de este modo, en tanto que su mitad impresionable se sumergia en cada emocion con un ardor abandonado, la inteligencia, acostumbrada á la reserva de la duda y á la perspicacia de la observacion, permanecia exteriormente fria y á veces desdeñosa. El corazon estaba sumergido y sobrenadaba el cerebro. Para Octavio la experiencia era una coraza de corcho que no le dejaba entrar sino á medias en el mar borrascoso de las pasiones; ¡don fatal y á menudo maldito! ¿Y sin embargo, no encierra una sola gota de esa onda tan revuelta, tan amarga y tan pèrfida el néctar mas precioso que pueda apagar la sed del hombre? ¿Hay en los goces de las artes, en el trabajo de la ciencia, en las coronas de la gloria, una voluptuosidad que iguale á la de un suspiro exhalado sobre nuestros labios, de una mirada apagada con nuestros ojos?

En vano reconocia Gerifalte esa superioridad del sentimiento sobre el espíritu; en vano queria deshacerse de lo superfluo del pensamiento que corrompia el encanto de sus mas dulces emociones; en vano invocaba la brutalidad del salvaje y del lazzaroné, cuyas sensaciones son tanto mas completas cuanto que su alma mas limitada encuentra en ellas un alimento suficiente; el instinto de su naturaleza era mas fuerte que su voluntad. Aspirando á la sencillez como otros aspiran á la astucia, no podia retrogradar hasta ella; queria cerrar los ojos y sus ojos se obstinaban en permanecer abiertos; á pesar de todos sus esfuerzos conservaba la funesta facultad de analizar su impresion en el mismo instante en que la experimentaba, y de ver como se reflejaba friamente en un espejo irónico la escena que acaba de desempeñar ardiente é inspirado; era pues, casi al mismo tiempo, actor y espectador, se mostraba conmovido y sereno, entusiasta y gastado, apasionado y escéptico; todo ello sin falsedad de carácter, pero por lujo ó si se quiere por depravacion de inteligencia.

Nunca este dualismo singular le habia ocasionado tormentos tan frecuentes como despues que amaba á la señora de Bergenheim. Antes de este tiempo, su corazon mediante las pasiones de una juventud borrascosa habia ido cayendo gradualmente en un letargo próximo á la nada; en medio de las tinieblas morales en que se habia dormido de cansancio y de saciedad, la parte mala del alma que hemos comparado á la sombra del cuerpo, habia ejercido un imperio casi imperceptible por lo mismo que reinaba sola, pues la sombra no se ve en la noche, sino que se confunde como la ola en el mar, siendo ambas de igual naturaleza. Pero despues que habia brillado una nueva luz sobre la vida de Octavio, desde que Clemencia se habia alzado á sus ojos como el astro del despertar, la sombra se habia presentado al punto evocada por ese sol regenerador, y por todas partes donde este lanzaba un rayo, ella se extendia cubriendo su luz.

En este momento Gerifalte lejos de regocijarse con el triunfo que acababa de obtener, cayó en uno de esos accesos de escepticismo durante los cuales impelido por un demonio invisible, ejercia implacablemente contra sí la temible ironía de su espíritu. No pudiendo dormir, se levantó, abrió de nuevo la ventana y permaneció largo tiempo asomado á ella. La noche estaba despejada; infinitas estrellas brillaban en el firmamento, y la luna bañaba con su blanca luz las copas de los árboles del parque por entre de los cuales murmuraba una brisa monótona.

Despues de haber contemplado en silencio el melancólico cuadro de la naturaleza dormida, el poeta se sonreía con desden.

— Preciso es que esta comedia se acabe, dijo para sí, no puedo disipar de ese modo mi vida. Sin duda la gloria es un sueño lo mismo que el amor; pasar la noche mirando neciamente la luna y las estrellas, equivale quizá á trabajar mucho tiempo sin descanso en una obra destinada á vivir un dia, un año, un siglo; no hay

reputacion que alcance mas. Si yo amase realmente no sentiria las horas que pierdo; pero ¿es verdad que amo? Hay momentos en que reconozco en mí una sangre fria, una claridad de entendimiento, una prevision incompatible con el delirio de una pasion verdadera; pero es cierto tambien que en otros instantes, una fiebre repentina me quebranta, me deja débil como un niño... Sí, sí; la he querido de un modo extraño; el sentimiento que experimenté por ella se volvió trabajo de mi espíritu al mismo tiempo que emocion de mi corazon, y esto la da esa tenacidad despótica; la impresion material se debilita y acaba por extinguirse, pero cuando una inteligencia enérgica se consagra á una obra, se encarna en ella hasta que resulte el fruto del trabajo, y esté fruto, dulce ó amargo, aquel que lo sembró tiene que recogerlo.

Yo amé á esa mujer, eligiéndola entre todas las demás, y hecha la eleccion, trabajé en mi amor como en mi poema favorito; ella fué el asunto de todas mis meditaciones, el iman de todos mis deseos, la hada de todos mis sueños; por ella mi imaginacion desde hace un año se forja toda clase de ilusiones, desde hace un año no ha salido de mi cerebro un pensamiento que no la haya ofrecido en homenaje. Pusé mi talento bajo su invocacion; parecíame que viviendo perpetuamente en la contemplacion de su imagen, me encontraría al fin digno de pintarla, me sentia con un gran porvenir si hubiera sido comprendido; pensé en un trono vacante en la poesia y soñé apoderarme de ese trono para depositarle en polvo á los pies de Clemencia. ¡Oh! aun cuando no haya sido mas que un sueño, ese sueño me ha dado horas de felicidad incomparable; seria un ingrato negándolo.

Y sin embargo, ese amor no es mas que un sentimiento facticio, hoy lo conozco. No de ella estoy prendado yo de esta manera, sino de la mujer creada por mi imaginacion y que descubrí en ese mármol insensible. Realmente existe en nosotros una fuerza extraña: cuando ha sido observada y estudiada largo tiempo, nuestro pensamiento se aclara y toma vida. Tanto me he ocupado de esa mujer que se me figura que de mi alma ha salido toda la flor para unirse á Clemencia, que al amarla amo mi propio ser, que aspiro únicamente á recobrar la mitad de mí mismo de que me veo separado en este instante.

Pero ella carece de alma; ¿y debo acriminarla por eso? Acusamos á las mujeres de ingratitud y de egoismo en tanto que por lo regular, son solo culpables de debilidad y de impotencia. Una mujer tiene sin duda los brazos para estrechar á su amante, para encadenarle en ellos, ¿pero tiene bastante extension en la inteligencia para abrazar así tambien una inteligencia superior, para envolverla, para contenerla, para dar un nuevo vigor á su rápido vuelo?

Quizá soy demasiado ambicioso pero me es imposible estrechar mi deseo y contentarme con la felicidad mezquina de una intriga vulgar. No comprendo de la pasion mas que el extremo. — Los mitos antiguos tienen casi todos un gran sentido moral: ¿porqué no veriamos en la alegoría de Hermes y Afrodita sino la poetizacion de una monstruosidad física? Fragoletta divina es quizá la solucion del oscuro enigma que se llama amor. Sin duda en la otra vida la planta mas noble de la tierra debe florecer de nuevo y enriquecerse con todas las condiciones de felicidad que nuestra imperfeccion nos prohíbe en el mundo. Allí nuestro deseo se convertirá en realidad, pues es imposible que tengamos una idea cuyo objeto no existe, esto seria crear fuera de la naturaleza. Nuestros anhelos no cumplidos, vagas previsiones del porvenir, están concebidos en el tiempo para realizarse en la eternidad. Padecemos porque queremos anticipar y gozar ya hoy lo que no será hasta mañana.

Gerifalte permaneció algun tiempo inmóvil con la frente oculta en sus manos. De repente alzó la cabeza y soltó una carcajada irónica.

— Basta ya de andar por las nubes, exclamó, bajemos á la tierra; es permitido pensar en verso, pero es preciso obrar en prosa, y esto es lo que haré mañana. Los caprichos de esa mujer, que ella toma por esfuerzos de virtud, me harán cruel é inexorable. Por mas que pido paz de rodillas no se me hace caso; quiere la guerra, y guerra tendrá.

## XVI.

Durante muchos dias Gerifalte siguió con una perseverancia impertérrita la línea que se habia trazado. La mujer mas exigente habria debido mostrarse satisfecha con la urbanidad que desplegaba cerca de la señora de Bergenheim, pero nada en su conducta anunciaba el menor deseo de una explicacion. Ponia tal atencion en sus miradas, en sus palabras y en sus ademanes, que habria sido imposible descubrir la diferencia mas ligera en el trato que observaba con la señorita de Co-randeuil y el que habia adoptado respecto de Clemencia. Reservaba toda su amabilidad para la jóven Alina, y sin embargo, obraba en este punto con mucha destreza, pues sabia que á pesar de su inclinación á los celos la señora de Bergenheim no creeria jamás en un abandono súbito, y que descubriría el objeto de esa astucia á poco que fuese exagerada.

Al renunciar á todo ataque directo, no dejó de trabajar un instante con el mayor cuidado en fortificar su posicion. Aumentó su actividad para abrir la trinchera que habia establecido en torno de la solterona y del baron, siguiendo en esto los principios del arte militar que exigen que el agresor se haga dueño de las obras

exteriores de una plaza fuerte, antes de dar un ataque serio á las murallas.

Por reflejo, digámoslo así, llegaba la pasion de Octavio hasta Clemencia; á cada momento sabia alguna circunstancia de ese ataque indirecto contra el cual la era imposible oponer ningun obstáculo.

— El caballero de Gerifalte me ha prometido que pasará quince dias aquí, cuando ménos, la decia su tia con acento irónico.

— Gerifalte me ha dicho que es extraño que no haya yo mandado hacer un árbol genealógico para poner en el salon, la decia á su vez su marido; supone que es un complemento indispensable para la coleccion de mis retratos de familia, y quiere encargarse de la obra. Segun dice la tia, parece instruido en el blason. ¿Crearás que ha pasado toda la mañana en la biblioteca compulsando papeles? Celebro mucho esta circunstancia que prolongará su residencia aquí, pues un hombre encantador, aunque liberal, en el fondo es tan noble como el primero. — Marillac, que tiene una letra soberbia, se encarga de poner en limpio el cuadro y de iluminar los escudos. Es lástima que no podamos hallar el blason de mi tercera abuela de Cantelascar. Pero dime, querida mia, ¿me parece que no te muestras muy amable con tu primo Gerifalte?

Quando se tocaba este punto ú otro parecido, la señora de Bergenheim trataba de cambiar de conversacion, pero entónces experimentaba hácia su marido una antipatia muy próxima al aborrecimiento. La falta de inteligencia es uno de los defectos que ménos perdonan las mujeres, y á menudo acriminan la confianza que descansa en la fé de su honra y la ceguedad que no adivina en ellas la posibilidad de una caída.

— Mira, Clemencia, qué bonitos versos acaba de escribir en mi álbum el caballero de Gerifalte, la decia Alina enseñándole un cuaderno de colegiala, compañero del que llamaba su diario, donde siguiendo el uso de muchas señoritas ella consignaba todas las noches la relación de las grandes aventuras del dia. Por aquel tiempo este manuscrito tomaba un desarrollo considerable; pero si el álbum se enseñaba fácilmente á la admiracion pública, nadie habia visto el diario, y ni Justina habia podido descubrir en el cuarto de la jóven el santuario que encerraba aquel misterioso manuscrito.

Alina era peor recibida que todos los demás, y la señora de Bergenheim apenas disimulaba el poco gusto con que veia encenderse el bonito rostro de la niña cada vez que se trataba de Octavio.

La conducta diplomática de este daba, pues, sus frutos y sus previsiones se cumplieron con una precision que probaba la infalibilidad de su cálculo. A pesar de toda su destreza, Clemencia no pudo evitar el golpe de gracia con que la habia herido su amante. Una irritacion sorda y nerviosa, una inquietud hena de abatimiento y de aspeza vinieron á unir su aguijón con las otras emociones que sin cesar la atormentaban. En medio de todos esos sentimientos contradictorios de temor, de remordimiento, de despecho, de amor y de celos se desesperaba á veces hasta el punto de no saber ya lo que queria; hallábase en una de esas situaciones particulares á las mujeres de un carácter complejo y veladoso que son presa de todas las sensaciones y que pasan con la mayor facilidad de una idea á otra enteramente opuesta. Despues de haberse asustado en demasia con la presencia de su amante en casa de su marido, habia concluido por acostumbrarse á ella, y por fin se habia burlado de su primer susto.

— En verdad, decia para sí algunas veces, muy loca era yo en atormentarme de aquel modo; me faltaba á mi propio respeto desconfiando así y viendo un peligro donde no hay ninguno. Sin duda no espera hacerse muy temible dibujando ese árbol genealógico. Si para eso ha andado cien leguas no merecia en realidad ser tratado tan severamente.

Y luego, cuando se habia tranquilizado de este modo sobre los peligros de su posicion, sin comprender que despreciar el peligro era dar fomento al amor, pasaba al exámen de la conducta de su amante.

— Parece muy resignado, se decia; en los dos últimos dias ni una palabra, ni siquiera una mirada. Ya que tan poco le cuesta me parece que deberia obedecerme enteramente y marcharse, ó bien si quiere desobedecerme, podria hacerlo con mejores modos; está casi impolítico, al ménos deberia pensar que yo mando aquí y que está en mi casa... — No sé como puede gustarle hablar con esa criatura; pienso que su único fin es contrariarme, en lo que se engaña, porque eso me da poco cuidado. Pero Alina lo toma por lo serio. ¿Está de una coquetería con él? Hace la mujercita que es un portento. Seguramente Gerifalte se conduce muy mal trastornando así la cabeza á esa niña. Quisiera saber lo que podria decir para justificarse.

De idea en idea y por consecuencias muy lógicas segun el corazon, si no lo eran por el raciocinio, Clemencia llegaba inevitablemente al punto en que su amante queria verla. El deseo de una explicacion con él que en un principio no se atrevia á confesarse por un sentimiento de orgullo, tomaba de dia en dia una intensidad tan grande que al fin Octavio no podia desear con mas ardor la entrevista. Desde que se veía privada de esas mil ofrendas y homenajes á que la tenia acostumbrada, conocia mejor su precio; la privacion momentánea de las delicias de esa ternura peligrosa pero tan dulce, practicaba en su alma un vacío que la hacia adivinar toda la tristeza de su vida si debia condenarse al aislamiento.

Con la energia propia del dolor, sintió la pérdida de un amor apenas experimentado; ahora que Octavio pa-

recia dispuesto á olvidarla, ella le profesaba una ternura que llegaba hasta la adoración. Se echaba en cara su dureza con él, mas que ántes había deplorado su flaqueza. Había instantes en que su sentimiento la aconsejaba pasos tan imprudentes, tan temerarias locuras, que se espantaba de sus propios pensamientos. Su antipatía por todo lo que no era él se aumentaba tanto en medio de aquella irritación de espíritu, que los mas sencillos deberes de la familia la parecían odiosos é insoportables. Parecía que todos cuantos la rodeaban eran enemigos de la separaban de la felicidad, pues la felicidad era Octavio, la felicidad era oír su voz suave y penetrante lisonjeándola al oído con esas palabras que saben los caminos del corazón, era leer sus cartas, donde la pasión mas entusiasta revestía nuevas seducciones con las gracias de un espíritu tan noble como delicado, era en fin, recibir el beso de su alma en una de sus miradas, ¡y esa felicidad, palabras, cartas, miradas, todo lo había perdido!

En la tarde del cuarto día el suplicio la pareció superior á sus fuerzas.

— Me volvería loca, dijo para sí; le hablaré mañana.

Y casi en el mismo momento Gerifalte decía á su vez:

— Mañana tendré una entrevista con ella.

(Se continuará.)

## Revista de la Moda.

**SUMARIO.** — De las modas de otoño. — Las levitas á la orden del día. — Fisiología de la levita, de la chaquetilla y de la Tweed. — Se habla del sombrero Luis XIII de fieltro con plumas. — Las señoras elegantes serán admitidas en el Baby-Club. — Novedades aristocráticas. — Nuevas telas de seda para el otoño y para el invierno. — De los sombreros nuevos. — Las mangas Barrenderas y las mangas Elefante. — Las mangas blancas interiores. — Los brazos transformados en columna Vendome. — Sombreros de suprema elegancia. — Descripción del figurin con trajes de otoño.

La moda toma en el otoño colores un poco mas oscuros y un poco mas serios. Aunque todavía no ha llegado el invierno, sin embargo, ya los prendidos de verano se abrigan bajo un cachemira de las Indias ó bajo una manteleta de terciopelo, y algunas elegantes no vacilan en salir con levita de paño y de terciopelo. Ya he hablado de esa levita que se hacia este año de muaré antiguo negra y que llamaban « Increible. » Pero ha parecido tan poco « Increible » que actualmente se halla aceptada como una prenda usual, indispensable, y todas las mujeres se mandan hacer levitas por el estilo de las que llevan sus maridos y hermanos. ¡Cuántas veces las americanas han votado por la emancipación de la mujer! Hé aquí que visten levitas y chaquetas; un paso mas y llevarán pantalones. Y no se vaya á creer que esta levita es otra cosa que una verdadera levita de hombre elegante, abotonada con dos y tres hileras de botones, con bolsillos á los lados, faldones, mangas con vueltas, cuello caído y solapas, toda ella ribeteada con un galon de seda. Pero esta prenda tiene un airecillo libre que pronto la hará imposible para toda mujer distinguida, pues no dudo del gran éxito que tendrá entre cierta clase de mujeres á la moda. Para que conserve su sello de originalidad y de elegancia será preciso que solo se ostente en carruaje.

Después de la levita tenemos la « chaquetilla » y la « tweed. » La chaquetilla es una prenda de casa, á catorce años se viste así á los niños. En cuanto á los tweeds, es un paletó sacó que una señora puede prestar á su marido ó á su hermano. Es una prenda masculina y femenina. Yo me pregunto si es cierto que jóvenes bien hechas quieran ocultar los encantos de sus formas en ese gran paletó de paño tan tosco ya para un hombre.

Para completar lo grotesco de esos diferentes trajes se dice que las bellas damas llevarán el sombrero Luis XIII de fieltro ceniciento y castaño adornado con plumas. Vamos, señoras elegantes, tomad el baston y la corbata, colocad en el ojo izquierdo el lente tradicional, poneos un cigarro en la boca, y os pareceréis á esos jovencitos del Baby-Club que llaman Polkas y Querubines.

Si ridiculizo así las modas femeninas, es porque existen prendas admirables esencialmente aristocráticas y distinguidas. Júzguense sino por los modelos siguientes:

— Una capita Diana de Poitiers ricamente bordada al pasado y en relieve sobre terciopelo negro con un gran volante guipure de medallones góticos y franja felpilla y azabache.

— Un corpiño Emperatriz de terciopelo negro con faldeta muy larga y de pliegues, sembrada de conchas de bordado en relieve con perlas de terciopelo negro. Un gran volante muy rico de Chantilly adorna la faldeta; las mangas anchas llevan el mismo bordado de azabache y puntilla de encaje.

— Un pañuelo en mosaico de terciopelo sobre fondo de raso con guarnecidos de franja de borlitas, raso y azabache.

— Una capita Silva de cuadros castaño y ceniciento, guarnecida con franjas.

— Otra capita Taglioni de rayas azules y negras de paño cachemira con guarnición de borlitas de felpilla azul y negra formando berta.

— Un Dunois, pañuelo grande de paño céfiro color de

violeta con un capuchon. Este pañuelo lleva á la orilla un ancho terciopelo negro debajo de una franja de azabache. El capuchon tiene dos largas borlas, y forma por delante como una especie de babero cuadrado que remata en punta larga por detrás. El forro de este pañuelo es de tafetan de cuadritos blancos y negros; cuando se alza la cabeza queda á descubierto en el interior del capuchon y sobre los brazos.

— Un « albornoz parisiense » de cachemira negro, de una sola pieza, sin costura, forrado de popelina irlandesa con capuchon adornado de guipure y de borlitas moriscas.

— Una Mendiga Luis XV de terciopelo de Crimea, un terciopelo que parece un tejido de cerda. Esta prenda cae formando gruesos canelones por detrás, en tanto que las puntas quedan cuadradas por delante. Va adornada con tres fruncidos Fontanges de tafetan negro. El capuchon forma esclavina y lleva igualmente tres fruncidos de tafetan; el último se alza en volante con franja.

Hay tambien un pañuelo de felpilla y reddecilla de lana llamado « Tiflis » muy aceptado por las señoras á la moda. Este tiflis es argelino y por consiguiente de rayas. El fondo es siempre blanco y negro de filetitos color de oro, con orlas castaño, negro y oro, ó azul, verde y grosella, siempre con bandas negras y oro. Es una prenda muy chillona, que exige ser llevada elegantemente, pues de lo contrario parece la manta de un titiritero.

Por lo demás la moda es muy estrambótica en cuanto á colores. Casi todas las telas para estas prendas tienen rayas de colores vistosos. Es un gusto oriental procedente de Sebastopol.

Veamos ahora cuales son las telas á la moda. Se supone que hay falta de sederías, y nunca he visto yo telas mas espléndidas y lujosas. Los vestidos antiguos no eran nada en comparación de los del día. El muaré antiguo se presenta actualmente con volantes, y se llama vestido « Alma-viva. » El por qué todos lo ignoramos. Este vestido Alma-viva es de fondo blanco para baile y soiré, con tres volantes color de rosa, azul, malva ó cereza ilustrados con pequeños dibujos blancos bordados en relieve. Para traje de calle es de fondo castaño azul ó verde con volantes negros y pequeños dibujos en juego con el fondo del vestido. Pero no es todo en cuanto á sederías. Tenemos el vestido « reina de los Elfes » fondo azul con volantes negros adornados con medallones de flores; — el vestido « Diana de Lys » con volantes rayados de franjas de plumas, negras y color de violeta, sobre fondo violeta aterciopelado; — el vestido « Pompadour » de tafetan fondo esmeralda, con medallones de color de rosa sobre fondo negro; — el vestido « Giralda » fondo malva, con volantes de terciopelo y ondulaciones sembradas malva y blanco; — el vestido « esplendor de Versalles » fondo azul de rey con anchos medallones de azucenas y de rosas; — el vestido « hermosa de Noche » todo florecido con incrustaciones de flores blancas sobre fondo violeta y fondo blanco imitando el nácar de perlas, y el vestido « lago de Hadas » con dibujos blancos y color de rosa en ramilletes floridos, rosa sobre blanco y blanco sobre rosa. Este vestido se repite en color oscuro para traje de calle.

Hé ahí las telas de seda que principian la sesión de otoño. Esos hermosos vestidos se hacen con faldetas para traje de calle y de punta para soiré. Las faldetas son tan largas como las levitas, invaden la falda hasta la mitad. Querian destronarlos y hoy dan la ley. En cuanto á las mangas son anchas y largas en demasía; en breve llegarán al suelo. Ciertas mangas podrian llamarse « Barrenderas, » pero se llaman « Ristori, Venecianas, Borgia, Elefante. » ¡Qué bonito es este último nombre!... Las mangas « Elefante » tienen la pretensión de recordar por su forma las orejas de ese elegante cuadrúpedo. Con esas nuevas mangas formidables que caen como banderas, se llevan interiormente pequeños afollados de tul ó de tarlatana. Ahora se lleva por la muñeca lo que ántes se llevaba sobre los hombros; el brazo de la mujer se parece á la columna Vendome con esa graciosa moda. Los adornos de los vestidos son siempre en relieve. Muchas tiras de lado de terciopelo, de galones, de borlitas de seda, de felpilla y de azabache; muchos galones de medallones de terciopelo y muchas franjas con borlas de guipure gótica y de punto de Venecia.

Puesto que señalo las novedades del día, voy á describir algunos sombreros de invierno. Se hacen siempre pequeños pero menos recargados de ornatos. El borde del ala está abarquillado á la María Stuart. El terciopelo de motas y de puntos es el que está mas á la moda. Hé aquí algunos nuevos modelos; cada cual tiene su nombre como sombreros que están seguros de sí mismos y que quieren ser elegidos: — el « sombrero Emperatriz, » el « sombrero Cruvelli, » el « sombrero Alboni » y el « sombrero Jenny Lind. »

El sombrero « Emperatriz » es de terciopelo malva con puntos blancos y ala abarquillada por el borde. Una cinta de terciopelo con puntilla de blonda sostiene á cada lado una larga pluma malva y blanca colocada á la española y flotando sobre la guarnición de detrás. En el interior cocas de blonda y pensamientos de terciopelo malva.

El « Cruvelli » es de terciopelo violeta con puntitos formando como dos puntas sobre el casco. Sobre el ala están prendidas dos pequeñas plumas con un lazo violeta de terciopelo. Por dentro rizado de blonda y florecillas de terciopelo violeta con corazón amarillo.

El « Jenny Lind » es de terciopelo azul de China con puntitos blancos y ala caída de blonda con cuadritos de terciopelo. Una pluma larga á la Diana Vernon adorna el sombrero. Esta pluma se escapa de dos lazos de terciopelo azul de China. En el interior florecillas menudas de terciopelo azul.

El « Alboni » es de terciopelo verde Azoff con puntitos blancos. El ala abarquillada está formada con dos pliegues. El casco se compone de un corte en cuadro con puntillas de blondas abundantes. Por dentro rizado de blonda y borlas de terciopelo verde.

El mes próximo hablaré de sombreros de teatro, de tocado, guirnalda de flores y prendidos de baile.

Entretanto nuestro figurin da la muestra de dos trajes de otoño, dos flores postreras de verano. El primer vestido es de reddecilla perla de mil rayas; la falda tiene tres grandes volantes guarnecidos de tres hileras de fleco; sobre los volantes tres lazos de cinta sobrepuestos forman delantal: en todo hay seis lazos de cinta. El corpiño es de faldetas y está adornado con lazos de cinta. Las mangas se componen de un pequeño afollado y luego de tres volantes guarnecidos de fleco separados con lazos de cinta gris. Cuello y mangas interiores de punto de aguja. Guantes mosquetero. Sombrero de crespon blanco y de blonda adornado con una guirnalda de margaritas silvestres y de florecillas azules.

El segundo traje se compone de droguete Pompadour de rayas verdes y color de rosa con florecillas. La falda tiene un solo volante muy grande señalado por un espléndido fleco rosa, blanco y verde. El corpiño es subido, de faldetas y con fleco formando berta. Las faldetas tambien llevan fleco. Las mangas tienen dos pequeños afollados y dos volantes tambien con fleco. Cuello y mangas interiores de punto de Inglaterra. Manteleta rayada de terciopelo negro y entredos de encaje con volante de Chantilly. Brazaletes ricos; guantes de color de perla; sombrilla de muaré antiguo de color de rosa con volantes y pompon de cinta rosa. Sombrero de tul blanco y de blonda con la orilla del ala de terciopelo rosa; al lado un ramito de rosas con botones y hojas, y cintas de color de rosa.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

## Antigüedades mejicanas.

M. Ed. Pingret que ha pasado algun tiempo en Méjico ejerciendo el arte de la pintura, ha traído del Nuevo Mundo varios objetos de antigüedades mejicanas, de los cuales ha dibujado algunos en la lámina adjunta, cuya explicación se encontrará en las siguientes notas que ha tenido á bien facilitarnos.

Mientras ejercía la pintura en Méjico, dice M. Pingret, me fué imposible ver los vestigios de las obras de un pueblo destruido, sin tratar de recogerlos, y aunque privado de todo recurso aunque tenía que luchar con dificultades sin cuento, logré sin embargo, reunir unos 2,400 objetos del arte y de la industria azteca de una autenticidad incontestable, en diversas materias, y sobre todo en barro cocido. Así reunidas á mucha costa he traído á Francia estas curiosas pruebas de las creencias religiosas y de los usos domésticos de una nación que ha desaparecido y sobre la cual se poseen en Europa pocos documentos materiales. Mi colección superior en número á las de los museos de Londres y París, me parece digna de llamar la atención de los arqueólogos, entretanto que puede hallar su puesto correspondiente en un depósito público.

Bien que las antigüedades en materias duras sean en general las mas auténticas y las mas buscadas, la ciencia no debe excluir de su examen los objetos ejecutados en materias mas blandas; algunas de las piezas de mi colección servirán por el contrario para demostrar el error que puede hallar la arqueología en el estudio de los barro cocidos y de las maderas esculpidas que la componen en su mayor parte.

Tomemos primeramente entre un centenar de figurillas, esa tan feamente fantástica, aplastada, con los ojos saltones y la mandíbula armada de dientes agudos (1); representa la imagen simbólica del dios terrible que presidia á la guerra y á los sacrificios humanos, consagración de la victoria entre los aztecas. Ese barro cocido es la reproducción del original auténtico y colosal en pórfido negro que posee el museo de Méjico: es el gran dios *Huitzlopothili*, el Marte mejicano que marcha á la cabeza de la mitología azteca. Esa figura repugnante se encuentra reproducida en bajo-relieve sobre un cartucho que soporta una serpiente cubierta de plumas de piedra negra (2) que hallé en un cementerio donde servia de base á una cruz de piedra.

En un grupo de barro cocido de bastante buena ejecución representando un sacrificio humano (3), esa imagen se ve igualmente sobre un tajo que va á servir para explicar otra antigüedad de jaspe hasta aquí poco observada porque sirve de esquina en el ángulo de la morada de la familia Serventes, una de las mas antiguas y nobles de Méjico. Esa esquina sobre la cual está esculpida en proporciones enormes la máscara característica del dios de la guerra (4), no es otra cosa que el tajo fatal, el verdadero altar de los sacrificios humanos entre los aztecas y por consiguiente el monumento mas curioso de Méjico, pues aunque hay otro colocado en otra calle de la ciudad se encuentra en parte mutilado; probablemente sobre ese altar los sacerdotes aztecas inmolaron 6,000 prisioneros el día del advenimiento de su último emperador Montezuma, y tambien pagaron allí la audacia de su conquista muchos compañeros de Cortés.

El descubrimiento en Méjico de un verdadero altar de los sacrificios humanos destruye cuanto se ha publi-

cado sobre lo que llaman la *pedra grande de los sacrificios* desenterrada en la plaza Mayor por un inglés que se llevó á Londres un modelo de yeso. Esta piedra, que hemos examinado con mucha atención es de jaspe, color simbólico en el lenguaje de los aztecas. Su diámetro que es de 4 metros, y su forma *aplastada y circular*, prueban que nunca pudo servir para los sacrificios humanos; mas bien servía de arena donde los campeones combatían á muerte á la vista de la multitud en aquellas luchas singulares tan frecuentes entre las tribus del Anahuac. El agujero que se ve en el centro y el supuesto canal para que corriera la sangre de las víctimas, no son mas que mutilaciones modernas que, como ya he citado un ejemplo, servían por medio de ganchos para fijar una cruz de hierro, símbolo del triunfo del cristianismo sobre la barbarie.

Esta doble opinion está basada en las siguientes descripciones que da M. W. Prescott, segun los autores españoles, de los *sacrificios humanos* y de los *sacrificios de gladiadores* entre los aztecas:

« Para los *sacrificios humanos* los sacerdotes extendían la víctima sobre la piedra del altar, *trozo de jaspe convexo en su parte superior*; cinco sacerdotes sostenían la cabeza y los miembros del paciente y otro sacerdote cubierto con un manto rojo, le abría el pecho con un cuchillo agudo de una materia volcánica tan dura como el guijarro y metiendo la mano en la herida, sacaba el corazón, le presentaba al sol y le arrojaba palpitante á los pies de la divinidad protectora del templo.

» Menos horrible era el sacrificio que llamaban *de los gladiadores*, porque se parecía á los juegos sangrientos de la antigüedad. Un cautivo de distincion recibía armas para combatir sucesivamente contra cierto número de mejicanos; vencedor recobraba su libertad; vencido le arrastraban al altar donde era inmolado segun el uso; este combate tenia lugar sobre una *gran piedra circular* en presencia de los habitantes de la capital. »

Otro documento precioso probará igualmente lo que puede enseñar el estudio de las muestras de barro cocido; es un pequeño modelo (5) del gran *Teocalli* (casa de

Dios en Méjico) descrito exactamente por los historiadores españoles, testigos oculares, y que Cortés mandó destruir para echar los cimientos de la catedral de Méjico en aquel mismo sitio y con los materiales del templo. Este barro cocido es la copia auténtica del edificio sagrado que atraía á todos los pueblos de Anahuac; subíase á él por dos escaleras, una para los sacerdotes y otra para las víctimas. En las dos torres cuadradas establecidas sobre la plataforma, las imágenes de los dioses protectores se hallaban colocadas en capillas ó nichos derechos; el altar del sacrificio se elevaba al borde del último escalon de la escalera por la cual rodaban los cadáveres de las víctimas en los festines religiosos del pueblo. Los cráneos de los holocaustos del año se conservaban colocados simétricamente sobre la parte de delante de las torres donde los compañeros de Cortés contaron hasta 136.000. Cortés no pudo obtener en un principio sino una de las dos capillas del gran Teocalli de Méjico para celebrar la misa en horas diferentes de aquellas en que se practicaban las sangrientas ejecuciones.



Antigüedades mejicanas.

He aquí una muestra en materia volcánica (6) de una de esas capillas que encierra todavía el dios protector: su boca con un candado es el emblema del silencio, así como la lengua colgando era el emblema de la palabra. Ese personaje sentado (7) que tiene la boca como el otro, debe ser un dios protector. Esa otra figura (8) tiene una copa destinada á recibir la sangre del sacrificio humano, y he aquí separadamente (9) esa vasija de barro colorado como la sangre, y el cuchillo sagrado de piedra (10) que servía para abrir las entrañas de las víctimas. El incensario (11) se usaba en las solemnidades en que los sacerdotes daban incienso al emperador.

El fragmento de jaspe (12) forma parte de una argolla que uno de los seis sacerdotes encargados de la ejecución colocaban al cuello del paciente para sostenerle la cabeza; en el museo de Méjico y en una galería particular hay tres de estas argollas muy escasas en Méjico. La piedra funeraria (13) sobrecargada de emblemas de la muerte parece completar con lo que precede la serie de los instrumentos de destrucción que se usaban en los ritos sangrientos de la religion de los antiguos mejicanos.

Muchas figurillas de mi coleccion ofrecen la representación simbólica de otros dioses de los aztecas. Esa figura de mujer (14) harta de comida, que lleva una mazorca de maíz y una sandía, es la Ceres de los aztecas; esa otra figura tendida (15) con una copa, es el dios del *pulque*, bebida fermentada que se usa todavía en Méjico, es el Baco de los aztecas; en el museo de Méjico está el original de pórfido negro.

Esa estatua de tamaño natural (16), de materia volcánica color de rosa representa un joven sentado en el suelo lo que significa terremoto; esa escultura que sin duda estaba colocada en un templo erigido para apaciguar la ira del espíritu destructor fué hallada por el Sr. Hidalgo, uno de los mejores arquitectos de Méjico, en la hacienda que posee sobre las cuestas del Popocatepetl, volcan terrible donde los indios suponían su infierno; Cortés una vez que carecía de azufre mandó bajar á uno de sus capitanes al cráter de ese volcan que es hoy una mina de azufre muy productiva.

Inútil es insistir sobre los caracteres de autenticidad que distinguen los objetos que acabamos de describir; los indios actuales no han podido en efecto imaginar

esas formas extrañas que no proceden ni de las antiguas naciones del Oriente, ni de los griegos ni de los romanos y mucho menos de los tiempos modernos; los mejicanos contemporáneos tampoco han podido inventar esos personajes de una mitología de la que no tienen la idea mas remota; ¿con qué objeto los artistas ó los alfareros del país habrían fabricado esas urnas extrañas esas lámparas, esas pipas, esas vasijas de mil formas al uso de la vida privada que nadie compra porque son inútiles? ¿No es mas natural pensar que todos esos objetos son de una época muy antigua como lo prueba incontestablemente su carácter? He aquí la diosa que presidía á la maternidad, esa otra á la juventud; esta á la vejez y á la muerte. Aquí se ven caciques, guerreros armados y hasta seres humanos, pero monstruosos que, como los enanos y los locos de la edad-media tenían el privilegio de divertir al soberano. Tampoco es posible ver imitaciones en esas piedras cortadas para usos desconocidos, en esos manuscritos sobre piel ó sobre papiro y en esas maderas esculpidas ó petrificadas que se encontraron en el fondo del antiguo lago de Méjico, vasto depósito de antigüedades y quizá de riquezas ocultas.